La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 28 de noviembre de 1892 — Núm. 570

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CRISTÓBAL COLÓN, estatua de D. Jerónimo Suñol, destinada á la ciudad de Nueva York

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Biblioteca germano-británica. – Relaciones entre la literatura inglesa y la literatura española. – Los héroes de Carlyle. – El humor. – Un humorista nuestro. – Miguel de los Santos Alvarez. – Su angelical temperamento. – Su muerte beata y envidiable. – Una muerte moral. – Fernando Lesseps. – Cosas amargas y tristes. – Conclusión.

Uno de nuestros editores incipientes ha tenido felicísima idea proponiéndose publicar sabia biblioteca de traducciones del alemán y del inglés al español que modifiquen un poco los gustos nuestros, inclinadísimos por costumbre ya tradicional á las versiones del italiano y del francés. Por mucho que nos esquivemos á este concepto fundamental de la existencia de una raza latina, imposible negar sus efectos hasta en la esfera idealísima del arte y de la conciencia, por la patente relación armónica entre los idiomas de cada nacionalidad hermana. Pero hay naciones que suelen aproximarse á las razas extranjeras ó parecérseles por alguna manifestación de su espíritu interno y de su vida moral. Es indudable que la Iglesia galicana, sin dejar de ser católica, se acerca mucho más al protestantismo que la Iglesia española; y es indudable que la literatura española, sin dejar de ser latina, se acerca mucho más á la literatura británica que la literatura francesa. No se comprenden estas analogías, cuyas primeras afirmaciones parecen dispares ó disparatadas, sino después de haber meditado mucho sobre su existencia y de haber convertido con atención el pensamiento, y la vista con cuidado, á los dos términos capitales de tal comparación. Seguidme un breve momento y convendréis conmigo en la exactitud matemática de mi reflexión y en el evidente parecido entre unas y otras letras.

***

¡Lástima grande que algunas herencias históricas y un detentamiento injustísimo indispongan á la continua Inglaterra con España, pues insisto en que no conozco pueblos más relacionados y afines por ciertos caracteres de las sendas complexiones morales y por ciertas características de sus literaturas nacionales! Con decir que nuestro régimen parlamentario y municipal de la Edad media se parece al régimen británico de la misma época cual una gota de agua se parece á otra gota de agua, y con añadir que las dos literaturas tienen idéntica independencia de la tradición antigua; teatro análogo, por su contextura y por su genio, en el siglo XVI y en el XVII; caracteres románticos bien claros; un individualismo casi anárquico, muy diverso de las regularidades y de las proporciones y de la disciplina reinantes, lo mismo en Italia que en Francia; una mezcla y contraste brusco entre idealismos rayanos en teurgia y realismos rayanos en brutalidad, hase dicho bastante para probar estas consonancias, incomprensibles en los apartamientos, así etnológicos y geográficos que nos separan, como en las guerras seculares mantenidas sin descanso al calor de las porfías mutuas empeñadas por la dominación del Océano entero y por los acaparamientos del comercio universal.

***

La demostración de tal tesis resalta de suyo á los ojos en cuanto descendemos de semejantes consideraciones al recuerdo de los genios extraordinarios que han resplandecido en los anales gloriosísimos de unas y otras letras. Shakespeare y Calderón se parecen por más de una entre las brillantes facetas que descomponen esa luz de los cielos del espíritu, más viva que la luz del espacio infinito; luz á que llamamos ideal. Uno y otro prescinden de la liturgia clásica. Fuera de aquella unidad interior, sin la que sería imposible la creación espiritual, como la creación material sin la unidad de Dios, atentan á la unidad del tiempo y á la unidad de lugar, tan observadas por los clásicos. El mundo de la Edad media y el mundo de la antigüedad greco-romana resultan como dos canteras pentélicas, en cuyas moles tallan los dos á una sus templos inacabables y sus animadas estatuas. Calderón es más teólogo que Shakespeare. En cambio Shakespeare más psicólogo y más fisiólogo que Calderón. En el poeta español prevalece la metafísica; en el poeta inglés la moral. Para el uno es ante todo y sobre todo la idea, como se muestra en la *Devoción*, en el *Mágico*, en los *Autos*: para el otro es, ante todo y sobre todo, la pasión, como se muestra en *Otelo, Macbeth, Hámlet, Julieta*. Calderón es, después de Dante Alighieri, el más divino de los poetas cristianos; Shakespeare el más humano en la literatura universal; pero ambos á dos se asemejan mucho, por el desorden lírico, por los contrastes varios, por la mezcla del llanto con la risa, por una insondable profundidad filosófica, por cualidades análogas y parecidas á las analogías existentes entre nuestro espíritu y el espíritu británico.

***

Nuestro primer ingenio, Cervantes, muestra en la copia de sus increíbles aptitudes una ironía, la cual, si no fuera tan genuinamente castellana, parecería sajona. El sentido común suyo, el conocimiento de la realidad y de la vida, los contrapuestos caracteres de lo idealizado y de lo práctico, aquella filosofía de observación y experiencia, encajan de tal manera en el gusto inglés, que no alcanza en parte ninguna la obra magistral del espíritu español un número de admiradores y una constante asidua lectura comparables á los que alcanza en Inglaterra. El humor, concepto de difícil explicación en castellano, por referirse, de un lado, al carácter moral, y de otro lado, al carácter fisiológico; el humor, la ironía y la gracia tristes, acerbas, elegiacas, tal como Juan Pablo Ríchter lo explica, parece una característica del genio británico, reunida con las múltiples cualidades creadoras de aquel extraordinario escritor, en quien se reunen á las sugestiones de una inspiración y de una idealidad inagotables, el sentido de lo real y de lo verdadero, como no se han reunido en mortal ninguno hasta hoy. Comparad cualquiera de los satíricos extranjeros que brillaron en la época del Renacimiento: aquel Rabelais, apayasado frecuentemente; Pulci, tan enemigo de todo noble afecto; el genial, pero desordenadísimo Ariosto, con Cervantes, y veréis cómo ninguno tiene, ninguno entre todos ellos, sumado con el sentido vulgar, puesto en Sancho Panza de relieve, un reconcentrado genio psicológico é idealista como el que personifica D. Quijote, y que brota con fértil espontaneidad doquier el sentimiento de la individualidad puede abrirse y espaciarse á su antojo. Y como estas individualidades aisladas, diversas, concretas, quizás originales hasta la extravagancia, en parte ninguna se encuentran como en España é Inglaterra, precisa imputar y atribuir su florecimiento á una grande analogía de genio entre las dos almas de ambos esclarecidos pueblos.

***

Carlyle no se parece á ninguno de nosotros. No tienen los escritores nuestros, aun los más clásicos, el clasicismo de antigua cepa que los italianos, y tampoco tienen la proporción y la disciplina francesas; pero en cambio tienen una claridad y una genialidad sin igual. Fuera de algunas intrincadas obras gongorinas, la más esplendente luz penetra en todos los libros españoles y les da una etérea transparencia. Pero Carlyle de suyo es obscurísimo. Algunos de sus párrafos resultarían más claros de haberse trazado, por cualquier evento, en jeroglíficos orientales. Así no tienen ni parecido en la literatura nuestra; y no teniéndolo, merece muy singular atención su obra individual por originalísima. Sólo encuentro un escritor que pueda comparársele, por incomparable de suyo, sólo encuentro á Gracián, el alabado por Schopenahüer. También Gracián piensa profundamente; brilla por los contrastes bruscos; pasa de la elevación á la desvergüenza; rueda desde alturas vertiginosas á derrumbarse en abismos insondables; aunque jamás llega ni á los atrevimientos del filósofo inglés ni á la suma del teólogo con el bufón. Así pocos recreos superiores al producido por sus párrafos intrincados que concluyen dándoos mareos parecidos á los causados por aquellos caprichos de Goya, en que dentro de indecisa niebla flotan y vagan los cirios de una procesión junto á las contorsiones de un titiritero. Yo confieso mi pecado: sin creerlo nunca ejemplar literario propio para ser seguido, lo creo propio para ser meditado, y sobre todo para ser admiradísimo. En la infinidad del espíritu caben todos los genios, como en la infinidad del espacio caben todos los soles. Indudablemente las ideas del escritor insigne provienen del panteísmo alemán, que trasciende por todos sus escritos en las relaciones apuntadas á cada paso entre las más dispares ideas y las cosas más apartadas y los conceptos más incongruentes, por ser todo panteísmo una grande aplicación de las identidades que hallara el genio sintético de un hombre tan grande como Espinoza entre la extensión y el pensamiento. Pero una filosofía tan sistematizada, tan evolutiva, tan puesta en serie gradual y lógica como la filosofía hegeliana, se quiebra en cien fragmentos al penetrar en la inteligencia de Carlyle, que unas veces la formula en himnos de amor y entusiasmo, mientras otras veces en salida de pie de banco. Pero con esto y con todo se recogen á granel en sus libros los pensamientos profundos, escondidos como los diamantes entre las rocas, y difíciles de extraer si no con gigantes y maravillosos esfuerzos.

***

Carlyle fué un humorista y Miguel de los Santos Alvarez otro, no menos profundo, no menos original, no menos filósofo, no menos poeta que su genio análogo de Inglaterra. Mas por la pereza intelectual suya no escribía una palabra, y por la pereza intelectual de nuestro público nos holgábamos todos en oirlo más que en leerlo. La claridad deslumbradora del cielo español se opone á las negaciones; y así Miguel era tan creyente de suyo en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma como cualquier místico; y la confianza también del español en sus propias fuerzas le induce á sostener hasta la posibilidad de arrancar su mala estrella del cielo, borrando con su aliento los horóscopos del destino, y así Miguel, pesimista por muchos lados de su espíritu, resolvía su alma y su vida enteras en un encantador optimismo, al cual os atraía y en el cual os anegaba su naturaleza bondadosa y su sonrisa inalterable. Como esos buzos que dan en las profundidades oceánicas con las perlas siempre y nunca con el cieno, hundíanse los ojos de Miguel allende los errores y los pecados de aquellos con quienes hablaba, inquiriendo únicamente la parte de verdad y de bien escondidos hasta en los senos de las inteligencias equivocadas y de los ánimos perversos. Su filosofía no estaba escrita, ni sistematizada, pero vivía vida real y andaba con perdurable movimiento. Por regla general solía Miguel tener un arte intuitivo en templar así las alegrías como las tristezas del mundo. Cuando en un baile os veía demasiado alegre, recordaba los dolores humanos como para daros un tirón hacia la realidad; y cuando en un duelo y en una muerte os veía demasiado triste, dilataba con efusión ante vuestros ojos el cielo de la esperanza y lo teñía con deslumbradores iris. Yo recordaré toda mi vida la noche que velamos el cadáver de aquella nuestra común amiga, Rosa Gándara, que pasó por los senos de la tierra como un ángel de sobrenatural empíreo. Mantuvo él solo casi la conversación, apropiadísima de suyo á la solemnidad del caso y cortada por los sollozos de un esposo amante y de unos buenos hijos, todos desolados. Y no habló sino de la muerte, y no buscó para los tristes consuelo sino en la inmortalidad, pues á manos llenas se cogían los pensamientos religiosos y filosóficos en aquellas palabras, tan profundas por su oculto sentido como nuevas por su aérea forma, las cuales pasaban de sus labios á vuestro espíritu por los eléctricos efluvios de un sentimiento inagotable. Y lo mismo en la cabecera del enfermo sabía tanto darle medicinas y auxilios como encomendar su alma con intuitivos conceptos de un penetrante aroma religioso al Dios de su corazón, vivo siempre allá en las metafísicas cumbres de su idea. Y como sabía sostener á los moribundos en las agonías y á los desolados en los frecuentes duelos á que le condenaba su complicadísimo trato social, sabía decir cosas picarescas de suma gracia en los divertimientos y hasta se le ocurrían conceptos de altísimo valor en política, dispuesto siempre á departir con los filósofos y con los niños. Ligados por un afecto de cuarenta ó más años, nunca vino á mi casa él, ni yo á la suya. Nos encontrábamos todas las semanas en los hogares de comunes amigos. Y nunca departía con él sin traerme á casa en mi memoria la joya de una idea. Dos días tan sólo ha tenido de aguda enfermedad, y ha muerto como un niño que se duerme con dulce sonrisa en los labios y un ensueño feliz en la mente, seguro de que aquí merecería lágrimas y allá en otro mundo mejor la bienaventurada inmortalidad.

***

¡Cuántos hombres superiores quisieran morir, como murió Miguel, cuántos! Acordaos de Lesseps. ¡Cómo adivinó tal hombre superior que el Egipto, la tierra donde se transformó el genio oriental, la escuela de los antiguos helenos, el anillo que uniera Grecia con Asia, el santuario en que la semilla de todas las libertades, la idea de la personalidad humana, comenzó á brotar, y donde comenzó á erguirse la estatua que debía ser como la apoteosis y la consagración de nuestro organismo; el oráculo de los filósofos y el observatorio de los astrónomos; la encarnación sublime del genio de Alejandro y el extenso Zodíaco de los pensamientos neo-platónicos; aquella nación que, por Tebas y Memphis, recogía en su seno todo el Oriente y por Alejandría todo el Occidente; la síntesis científica de la antigua historia, como Roma había sido su síntesis política; la misteriosa pitonisa que llevaba al seno del cristianismo las inspiraciones del Verbo; la fundadora y la iniciadora de todos los sistemas que han arrancado á la naturaleza sus secretos y al cielo su lumbre, iba á ser todavía en el mundo moderno, merced á unos cuantos golpes de la industria y á unos cuantos esfuerzos del trabajo, como la cadena invisible de la atracción que une los astros, el lazo material y visible que une los continentes! Si esta su obra perteneciese á tiempos más heroicos y más poéticos que nuestros tiempos, esencialmente positivistas, ya tendría los arreboles de poesía que esmaltaron el viaje de los Argonautas ó los esfuerzos de los primeros navegantes homéricos, y las sirenas escondidas en las olas del Mediterráneo elevarían ya en su loor una odisea semejante á la antigua odisea repetida por los coros de aquellos armoniosísimos peñascos, de aquellos divinos promontorios, de aquellas serenas playas eternamente abiertas á las inspiraciones y á los milagros del arte. Yo á Lesseps en su gloria lo estudié y observé con la natural atención que debemos á todos los caracteres verdaderamente extraordinarios. Es oriundo de las costas mediterráneas, de esas costas que dieron á Marco Polo su atrevimiento y á Cristóbal Colón su genio. Tiene algo en su inteligencia de Marsella, colonia mercantil de los antiguos griegos, y también de Barcelona, de esa ciudad que llevó sus naves desde Mallorca á Sicilia, desde Sicilia á Atenas y Constantinopla, aumentando con la luz de su alma las espléndidas estelas del Mediterráneo. Marsellés por su padre, catalán por su madre, reune á la vivacidad de los marselleses la reflexión de los catalanes. A estos prestigios de su nacimiento se agregan los prestigios de su educación prodigiosa, en los palacios orientales comenzada y á la sombra de las Pirámides y á las orillas del Nilo, entre las ruinas de los templos, sobre las arenas de esos desiertos que han consumido tantos pueblos y han exhalado tantas ideas, donde parecen

EL ACOROZADO INGLÉS «HOWE», RECIENTEMENTE VARADO EN LAS AGUAS DEL FERROL



VARADA DEL ACORAZADO INGLÉS «HOWE» EN LOS BAJOS DE LOS PEREIROS, Á LA ENTRADA DEL FERROL

los milagros como los fenómenos de cada día, y como cosa natural, naturalísima, lo sobrenatural y lo maravilloso. Habla, además de su lengua nacional, el griego moderno y el árabe antiguo; el catalán como si aún estuviera en Barcelona; el castellano como si aún estuviera en Madrid, y esa jerga franca de nuestros marinos del Mediodía que oís en todos nuestros puertos y que parece como la base de un idioma internacional. Oyéndole creéis oir á un San Germán; sólo que, como aquél asistiera á todos los tiempos de nuestra historia, éste ha asistido á todos los espacios de nuestro planeta. Su edad es ya avanzada, pero su cuerpo todavía está erguido. En su frente resplandece la inteligencia y en su entrecejo la tenacidad y la porfía. El mirar es profundo, los ojos avizores y negros. Blanquea su cabeza, blanquea su bigote, y tiene su tez todavía la bronceada máscara que le ha puesto el sol de los desiertos. ¡Cómo ha trabajado ese hombre! Viajero incansable, escritor increíble, orador abundantísimo, poeta verdadero, se ha inclinado como los cortesanos y se ha erguido como los tribunos; ha disimulado en los consejos de los reyes como un florentino y ha gritado en las asambleas de los pueblos como un demagogo; ha arrastrado en pos de sí á los creyentes con sus transportes místicos y á los comerciantes con sus cálculos mercantiles, envolviéndolos á todos con los espejismos de su poesía. Así, y sólo así, ha roto el obstáculo geológico que separaba las aguas del mar Rojo de las aguas del mar Mediterráneo, y á la vista del Sinaí, sobre las tierras de las peregrinaciones israelitas, allí donde vencieron los esclavos y se ahogaron en los abismos los Faraones, le ha mantenido la virtud por excelencia creadora, la virtud de su fe viva en la grandeza de su obra, virtud que ha movido los montes y ablandado las piedras. ¿Y todo este poema concluye por una causa de estafa? ¡Oh despiadada muerte! ¿Por qué no lo acabaste quince años antes?

Sunt lacrimæ rerum.

Madrid, 23 de noviembre de 1892

SECCIÓN AMERICANA

LOS PIGMEOS

POR N. HAWTHORNE

I

En aquellos tiempos, cuando el mundo estaba lleno de portentos y maravillas, había un gigante llamado Anteo, y un pueblo, ó mejor dicho, Estado, de hasta un millón de ciudadanos chiquirritines, tamañitos de un palmo, que se llamaban pigmeos. Este gigante, pues, y estos pigmeos, hijos todos de la misma madre, nuestra abuela Tierra, vivían juntos y en santa paz como buenos hermanos, muy lejos, lejísimos de nosotros, allá en el centro tórrido del Africa. Y como los pigmeos eran tan diminutos, y había tan dilatados desiertos de arena y tan escarpadas y ásperas montañas entre ellos y el resto de la especie humana, y entonces no se conocían las carreteras ni los telégrafos, apenas si se sabía de ellos por la relación de algún que otro viajero que se aventuraba cada siglo hasta la comarca que habitaban. Por lo que hace al gigante, su estatura colosal podía divisarse á cinco leguas; distancia respetable que aconsejaban la perspectiva y la prudencia al propio tiempo.

En cambio, si la nación pigmea producía, pongo por caso, un ciudadano de seis ú ocho pulgadas, desde luego se le clasificaba entre los hombres más grandes que se hubieran conocido; y así, era cosa digna de ver y por extremo interesante sus pueblos, y las calles que los cruzaban, anchas de dos á tres palmos y formadas de edificios casi tan altos como sombrereras. Eso sí, el palacio real tendría las proporciones de mi mesa de escribir, y se alzaba orgulloso en una plaza que difícilmente habría podido entoldarse un día de procesión con la colgadura de mi cama. En cuanto á la catedral, obra maestra de un atrevido y famoso arquitecto, era casi de tanta elevación como un armario ropero y capaz como mi alcoba, habiendo acumulado en este espacio el arte, la piedad y la magnificencia de los pigmeos cuanto es posible imaginar para ornato de un templo. Los materiales empleados en todas las construcciones referidas no consistían, sin embargo, en piedra y madera, sino en una especie de argamasa muy parecida á la que fabrican ciertos pájaros, con fragmentos de paja, de pluma, de cáscara de huevo y otras cosas reunidas por medio de tierra arcillosa á guisa de mortero; y es lo cierto que, después de bien secas con el sol y el aire, se antojaban y eran, en efecto, tan elegantes, cómodas y sólidas cual pudiera desearlas un pigmeo.

La campiña estaba dividida en granjas, cortijos y prados, y allí sembraban aquellos pequeñuelos el trigo y otras semillas de que se sustentaban, y que, llegados á su crecimiento y madurez, bastaban á proteger de los rayos del sol, con su magnífica vegetación, á los pobladores de la comarca, del propio modo que las acacias, encinas y castaños nos resguardan en verano y cuando sesteamos en los bosques. En la época de recolección usaban de hachas en vez de hoces; que de esta suerte, cual si fueran árboles, derribaban las espigas, y cuando por desgracia caía una cargada de granos cuajados y fuertes sobre un pigmeo, ó allí mismo quedaba sin vida, ó por lo menos tan molido que ya tenía quebranto para toda la siega.

He hablado de la pequeñez de los padres; ¡imagínese el lector la de los niños! Bastará decir que una familia hubiera podido jugar al esconder entre los dedos de un guante viejo; ¡como que en un dedal de cualquiera de nuestras costureras entraría como centinela en garita un rapazuelo de doce meses!

II

Ahora bien: estas extrañas criaturas, según dije antes, tenían por vecino y hermano á un gigante, cuya enorme y prodigiosa estatura sorprendía más aún, si es posible, que la exigua pequeñez de los pigmeos; y necesario es que fuese muy grande aquel hombre para servirse de un bastón de encina de ocho pies de circunferencia. El pigmeo dotado de mejor vista apenas podía divisar la cabeza del coloso sin auxilio del telescopio; y á las veces, cuando estaba nublado, nadie alcanzaba á distinguir más allá de las rodillas de Anteo, quedando el resto de su persona envuelto en obscuridad. Pero si el día era despejado y sereno, y la atmósfera estaba transparente, ofrecía el coloso un espectáculo verdaderamente sublime. Nada es parte á describirlo; que era preciso ver cómo se alzaba hasta el cielo, en medio de sus hermanitos, aquella montaña de forma humana, contemplándolos risueño y lleno de fraternal complacencia con el ojo único que tenía, y para eso en mitad de la frente y tamaño como una rueda de carreta, merced á lo cual abarcaba de una mirada la nación pigmea extendida á sus pies.

Como gustaban mucho de su trato los pigmeos, á cada momento, alzando la voz cuanto podían y ahuecándosela con las manos, le gritaban:

– ¡Hola, hermano Anteo! ¿Cómo te va por ahí arriba?

Y cuando, por casualidad, llegaban á él sus vocecitas, les contestaba:

– Vamos pasando, hermano; vamos pasando.

Inútil será decir que el estruendo que producían sus palabras era semejante al de la tempestad.

Afortunadamente para aquel pueblo tan débil, Anteo alimentaba respecto de él en su corazón la más tierna simpatía y benévola amistad; y digo por fortuna, porque de no ser así, como tenía el gigante en su dedo meñique más fuerza que toda la nación reunida, si hubiera sido para los pigmeos tan malo cual lo era para los demás, habría podido destruir de un puntapié su importante capital. ¿Y cómo no? ¡Si sólo con soplar un poco fuerte le hubiera bastado para destejar sus casas y arrastrar á enormes distancias sus pobladores del propio modo que si fuesen plumas! Supongamos por un momento que de propósito ó inadvertidamente hubiese puesto un día la planta de su pie tremendo y descomunal sobre un *meeting* de pigmeos, y ¡consideremos después el espectáculo lastimoso que habría ofrecido aquella inmensa tortilla de ciudadanos!. Pero tratándose de nuestro héroe, no es ni aun lícita la suposición; que hijo como ellos de la Tierra, los amaba con cariño fraternal, y tan íntima y afectuosamente, que no era posible más tratándose de personas tan diminutas. Por su parte, le devolvían sus hermanos aquel amor con mejora de tercio y quinto, profesándoselo tan profundo, tan leal y tan intenso como lo permitía la capacidad de sus corazones. A su vez Anteo estaba siempre dispuesto á servir y complacer á sus aliados con todo su poder, los cuales si necesitaban, verbigracia, de un poco de aire que agitase las aspas de sus molinos, luego al punto comenzaban éstas á dar vueltas sin más esfuerzo que la respiración natural de los pulmones del gigante; ó si, por ejemplo, era caluroso el verano y abrasador el sol, y corrían peligro de morir de tabardillo los segadores, sentábase en alguna colina, y proyectaba sombra con su cuerpo de una á otra frontera mientras lo necesitaban.

Por lo que respecta á los asuntos interiores del reino, á fuer de hombre honrado y prudente, dejaba gobernarse á los pigmeos á su modo, sin ejercer sobre ellos presión en ningún sentido; ejemplo de cordura digno de ser imitado siempre por los grandes en sus relaciones con los pequeños.

Basta con lo dicho para demostrar que Anteo amaba á los pigmeos y éstos á aquél con verdad y sin reservas mentales ni restricciones.

La longevidad del coloso estaba en relación del volumen de su cuerpo, del propio modo que la de los pigmeos se medía por la de su pequeñez. Y como no se había interrumpido nunca la cordial inteligencia en que vivían ellos y Anteo de muchos siglos atrás, compulsando las crónicas, los códices y los anales de aquel pueblo feliz, no se hallaban sino pruebas irrecusables del mutuo afecto y de la reciprocidad de servicios que cada una de aquellas dos potencias se habían prestado siempre. Ni tampoco el más venerable y encanecido pigmeo había oído contar á sus abuelos la menor cosa que pudiera despertar la idea, en un espíritu investigador y curioso, de que la buena armonía de Anteo con ellos y de ellos con Anteo hubiera dejado de ser un solo día ejemplo de cristianos y nobles procederes. Sin embargo, cierta ocasión que no es lícito pasar en silencio por serlo de tristísimos recuerdos y hallarse además conmemorada en un obelisco de hasta tres palmos de altura, Anteo, sin mirar en dónde, se sentó sobre cinco mil individuos reunidos para una revista: acontecimiento desgraciado en el cual nadie tuvo la culpa sino el descuido del gigante; y así la nación no guardó rencor alguno al inocente exterminador de sus ejércitos.

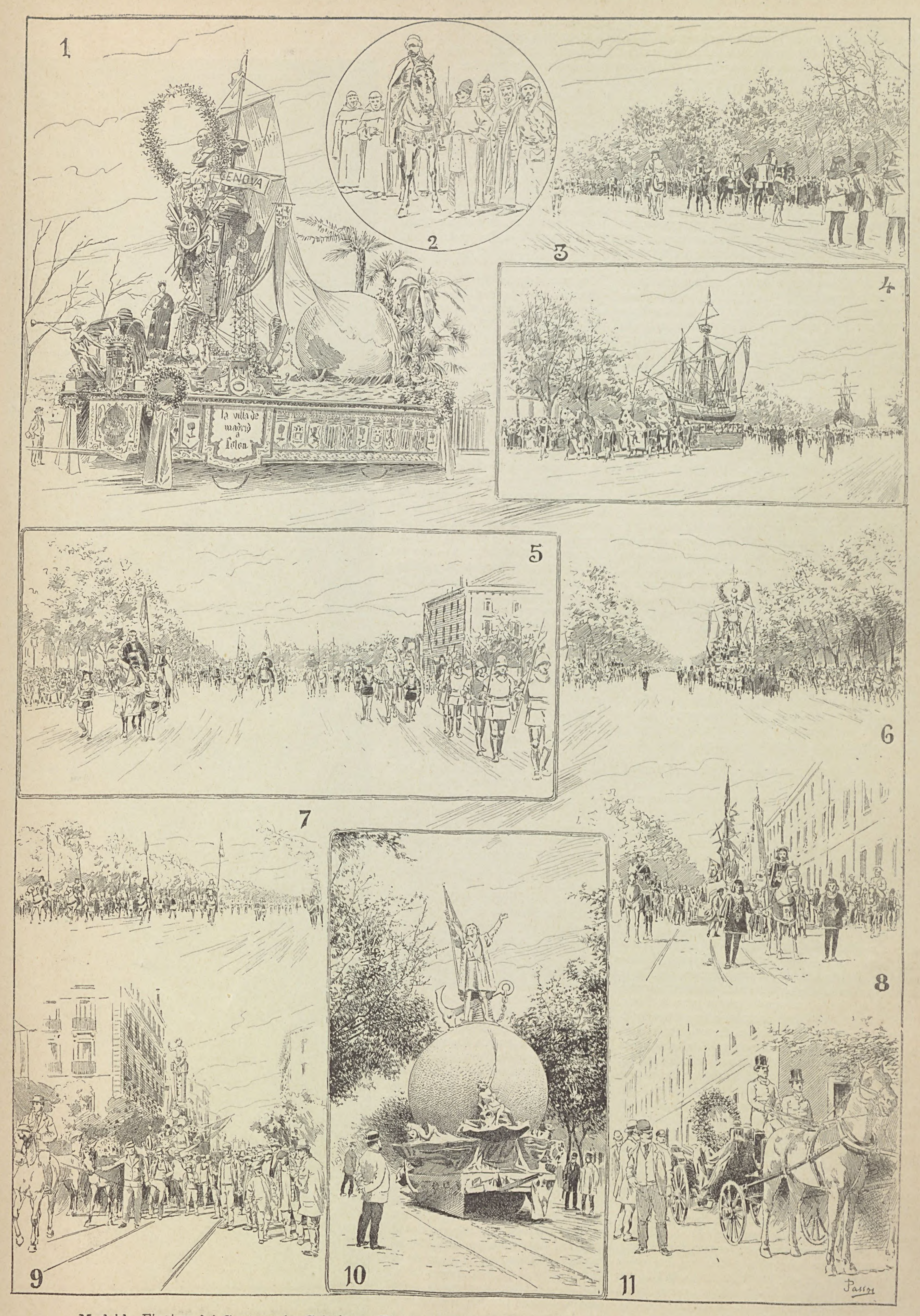
III

La verdad es que mueve á risa imaginarse á Anteo, tamaño como la torre más alta que se haya construído, entre aquellas hormigas con rostro humano, y pensar que seres de proporciones tan diferentes vivieran unidos con vínculos de amistad y simpatía recíproca! También es cierto que, á juzgar por las apariencias, mejor se hubieran pasado los pigmeos sin el gigante que no el gigante sin los pigmeos, y así era en efecto, porque sin aquellos benévolos vecinos, que á él se antojaban siempre figuras de ajedrez, no hubiera tenido un solo amigo en la tierra, viviendo en la mayor soledad. Unico en su especie, sin semejante de su tamaño, ¿con quién hablar?, ¿á quién comunicar sus impresiones? De aquí que cuando andaba, llevando la frente por las nubes, se creyera en medio de su inmensa grandeza y de su poder descomunal el más aislado, solitario y triste de los seres, á quien la memoria de los siglos pasados y la idea de los que aún pasaría de aquella suerte afligía y abrumaba de una manera insoportable, como esclavitud ó tormento que no deba redimirse nunca. Por otra parte, supongamos que hubiese tropezado con otro gigante; Anteo habría creído que el mundo no podía contener dos hombres de su talla, y en vez de aliarse con él lo hubiera provocado á duelo. Pero con los pigmeos era el chico más alegre, jovial, decidor y bonachón que hubiese bebido agua en el seno de las nubes.

Sus amiguitos, á semejanza de otros pueblos tan importantes como ellos, tenían de sí mismos la opinión más ventajosa y se creían poderosos al extremo de darse aires de protección con el coloso.

– ¡Pobre muchacho, se decían, qué vida tan triste la suya!... Siempre solo... Preciso es que hagamos algo por él, sacrificándole siquiera un rato de nuestras ocupaciones de cada día. Verdad es que la Providencia no le ha dotado con tan pródiga mano como á nosotros de ciertas cualidades; pero esa es una razón más para que miremos por su bienestar y felicidad. Seamos, pues, indulgentes y buenos con él y compadezcamos su negra suerte, que después de todo, si nuestra madre la Tierra no hubiera tenido predilección por nosotros, gigantes seríamos como él.

En efecto, los días de fiesta más principalmente, porque los pigmeos eran personas muy hacendosas y no gustaban de perder el tiempo entre semana, iban en busca de Anteo para pasarlo en su compañía. Tendíase cuán largo era el coloso, y parecía entonces una cadena de montañas. Y como la gente menuda gustaba de pasear sobre él horas enteras, para facilitarles la subida ponía en el suelo una mano abierta, donde se embarcaban á centenares, y así los encaramaba á los sitios más prominentes de su cuerpo, sin las molestias que ocasiona siempre una ascensión. Una vez allí, corrían y jugaban los chicos hasta rendirse de fatiga. Muchos mozos en quienes comenzaba á revelarse cierto espíritu investigador, inclinado á los descubrimientos, hacían intrépidas exploraciones por entre los pliegues de su ropa; otros subían á lo más enriscado de su cabeza, y desde la frente, como si estuvieran en la plataforma de la gran pirámide, gozaban de horizontes inmensos; y otros, en fin, ó se divertían escondiéndose por entre los cabellos del gigante, cual pudieran hacerlo nuestros hijos en un sembrado de maíz, ó le anudaban las barbas para columpiarse, ó apostaban á quién daría primero la vuelta á la carrera y sin tropezar alrededor de su ojo in-



Madrid.—Fiestas del Centenaric. Cabalgata Histórica organizada por el Ayuntamiento Cabalgata organizada por el Comercio y la Industria. (De fotografías de D. F. Prieto.)

CABALGATA HISTÓRICA. – 1. Carroza alegórica del descubrimiento de América. – 2. Boabdil, último rey moro de Granada, y su séquito. – 3. Timbalero y trompeteros que precedían á
los Reyes Católicos. – 4. Las carabelas *Niña*, *Pinta* y *Santa María*. – 5. Los Reyes Católicos, los infantes D. Juan y D.ª Juana, el cardenal González de Mendoza, fray Hernando
de Talavera, fray Diego de Deza, el Gran Capitán y séquito de caballeros y damas. – 6. Carroza alegórica. – 7. Heraldos que abrían la comitiva llevando los estandartes con el es-
cudo de los Reyes Católicos. – CABALGATA DEL COMERCIO Y DE LA INDUSTRIA. – 8. Heraldo y carabela del gremio de confiteros. – 9. Carroza del gremio de taberneros. – 10. Ca-
rroza de Colón. – 11. Corona de suela del gremio de zapateros.

menso y único; ó saltaban, esto los habituados á ejercicios gimnásticos, desde la punta de su nariz al labio superior, operación peligrosa á causa de las columnas de aire que despedía por las ventanillas y que aturdían con harta frecuencia á los volatineros al pasar frente á ellas.

Si he de hablar con franqueza, los pigmeos eran tan enojosos á veces para el gigante como hubiera podido serlo una invasión de hormigas ó de pulgas, sobre todo cuando les ocurría clavarle en la piel sus lanzas y espadas para probar su dureza y espesor. Pero Anteo cedía bondadosamente á cuantas diabluras hacían, limitándose, si tenía ganas de dormir, á rogarles entre dientes que lo dejasen, súplica que no era siempre atendida, teniendo entonces que sufrir sus juegos con paciencia y acabando por reirse á carcajadas de su incansable, bulliciosa y alegre actividad. El estrépito que hacía en estas ocasiones el bueno de Anteo, semejante á un huracán, y las trepidaciones de su vientre, parecidas á las de un terremoto, daban fin á la fiesta, y los pigmeos, ensordecidos, amedrentados y sin poder guardar el equilibrio, unos rodando otros precipitándose por brazos y piernas como por montaña rusa, dejaban al gigante tranquilo hasta otro día. El, al verlos alejarse, reía más aún y decía para sí:

–¡Qué felicidad ser chico siempre! Si yo no fuese quien soy, quisiera ser pigmeo nada más que para disfrutar del mundo como ellos...

IV

La única preocupación constante de inquietud para los pigmeos era el estado de guerra en que vivían con las grullas hacía muchos siglos. Por incompatibilidad de caracteres, odios de raza ó antipatía nacional, es lo cierto que pigmeos y grullas habían estado siempre en perpetua hostilidad, sin tratados de comercio ni de extradición, sin relaciones diplomáticas ni mercantiles, sin reconocerse, en una palabra, como no fuera en las sangrientas batallas que se libraban ambos pueblos y en las cuales la suerte azarosa de las armas decidía indistintamente y sin criterio alguno en favor ó en contra de cualquier bando.

Si hemos de dar crédito á ciertos historiadores, los pigmeos iban á la guerra montados en cabras; otros, sin negar el hecho, añaden que, habiendo sido necesario modificar la táctica y el armamento para poner ambas cosas en relación con los adelantos del arte militar, cabalgaban en liebres, conejos y erizos, cuyas púas hacían de la nueva caballería uno de los elementos más eficaces y decisivos en las batallas.

TRADUCIDO POR JUDERÍAS BÉNDER

(Continuará)

LOS TRABAJOS
DEL CONGRESO AMERICANISTA

Hemos reseñado en otro artículo la reunión del noveno Congreso de Americanistas en el histórico cenobio franciscano de Santa María de la Rábida, explicando la significación de aquel acto, la importancia de los miembros que se reunían en asamblea puramente científica, y la solemne apertura de las sesiones, hecha por el presidente del Consejo de Ministros de España en el mismo claustro que hace cuatro siglos paseó Colón vertiendo la primera semilla fructificadora de un mundo nuevo para la tierra.

A tal solemnidad debía corresponder en buena lógica un mayor acerbo de buenos frutos para la obra americanista y un esfuerzo superior de todos aquellos que desde hace veinte años vienen laboriosamente trabajando en la cimentación de la historia de los pueblos occidentales. Hacían esperar ambas cosas la solemnidad de la conmemoración que se celebraba en las orillas del Odiel, la suprema importancia del Congreso reunido en la cuna del descubrimiento, el más numeroso contingente que esta vez se congregaba en los claustros del monasterio.

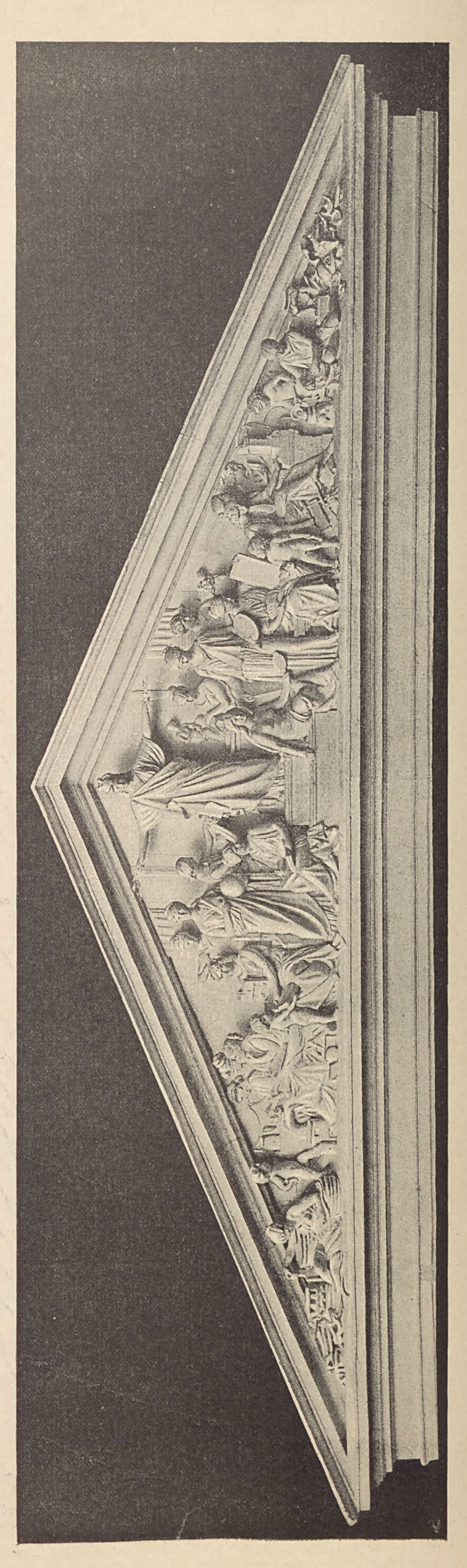
Y en efecto, no se vieron defraudadas tales esperanzas, porque la obra del Congreso Americanista ha sido tan grande como fecunda, y desde luego infinitamente superior á la de esos otros congresos celebrados en la corte, reunidos al parecer con el exclusivo objeto de que lucieran sus dotes oratorias dos docenas de maestros, jurisconsultos y literatos. La manía de hablar no invadió por fortuna á los de la Rábida: quizás por obra virtuosa de su carácter internacional, todos sus miembros comprendieron que allí iba sólo á darse cuenta por escrito de las últimas investigaciones ó de los más modernos juicios. Era aquella una torre de Babel por la confusión de lenguas, y no hubieran dado juego largos discursos que, pronunciados en cualquier idioma, hubieran dejado en ayunas á la mitad del auditorio. Por tal motivo se ganó en estudiar temas y leer memorias todo el tiempo que de otra suerte se hubiese perdido entre flores de lenguaje y nubes de retórica.

Aun no se leyeron, ni con mucho, todos los trabajos presentados, de los que la secretaría se limitaba á hacer muy sucintos resúmenes. Quedaban luego sobre la mesa á disposición de los que querían hojearlos, y sobre todo fueron cuidadosamente conservados y clasificados para su próxima publicación, que será con toda evidencia el mejor monumento elevado por las fiestas del Centenario á la memoria del primer Almirante de las islas del mar Océano.

En tres grandes secciones se dividían los temas que debían ser objeto de estudio en el Congreso: la de Historia y Geografía, la de Antropología y Etnografía y la de Lingüística y Paleografía. Todas ellas se vieron favorecidas con numerosos é importantes trabajos, cuya ligera exposición vamos á hacer en breves líneas.

Uno de los temas más controvertidos en los últimos años ha sido el de la etimología del nombre *América.* ¿Derívase éste del célebre navegante Amerigo Vespucci? ¿es el nombre de una tribu que habitaba las cordilleras del Centro América? ¿procede de una montaña del interior de Nicaragua? ¿ó es la corrupción de una palabra similar que se encuentra en la lengua *maya?* Todos estos supuestos han sido defendidos por conspicuos americanistas, y que el palenque sigue aún abierto lo prueban seis memorias presentadas sobre el asunto: una en español, por nuestro cónsul general en Nueva York D. Arturo Baldasano y Topete: tres en francés, por los señores Alejandro Poidebard, profesor de la facultad de Derecho de Lyón; el abate Justin Gary, director de la *Revue religieuse* de Cahors, y Jules Marcou, distinguido escritor francés domiciliado hace muchos años en la América del Norte: una en inglés, por el Sr. Eben Norton Horsford, y otra en alemán por el señor Guillermo Stellzig. Y sobre el mismo tema hizo una erudita disertación en el Congreso la señorita María Lecocq, profesora en las escuelas de París.

Las últimas investigaciones relativas á la historia y viajes de Cristóbal Colón y descubrimiento del Nuevo Mundo, fueron condensadas en varias Memorias. El Sr. D. Antonio María Fabié habló acerca el primer viaje de Colón á España, ilustrando una memoria del Sr. Delgado: el Sr. S. de la Nicollière, archivero de Nantes, presentó una serie de estudios acerca los restos de Colón, la Junta de Salamanca, el segundo matrimonio de Colón y su estancia en el convento de la Rábida. El Sr. Hellmann disertó sobre las observaciones hechas por Colón con la desviación de la aguja magnética. El Sr. Lucas de Mileto comunicó el fruto de personales investigaciones hechas para trazar con toda seguridad el derrotero de Colón por las Bahamas y costa de Cuba, habiendo el autor seguido los mismos rumbos que supone debió tomar el Almirante por aquellas latitudes. Finalmente, la idea de si Colón tuvo ó no precursores blancos en América, perseguida hace mucho tiempo por los investigadores de las ciencias náuticas en la Edad media, repercutió también en el Congreso con dos excelentes trabajos, uno del profesor Fabricus de Copenhague sobre las Sagas Flandesas acerca el descubrimiento de



FRONTÓN PROYECTADO PARA EL PALACIO DE BIBLIOTECA Y MUSEOS NACIONALES, obra de D. Jerónimo Suñol

América, y otro del capitán de navío francés Henri Jouan estudiando en general la tesis antes enunciada.

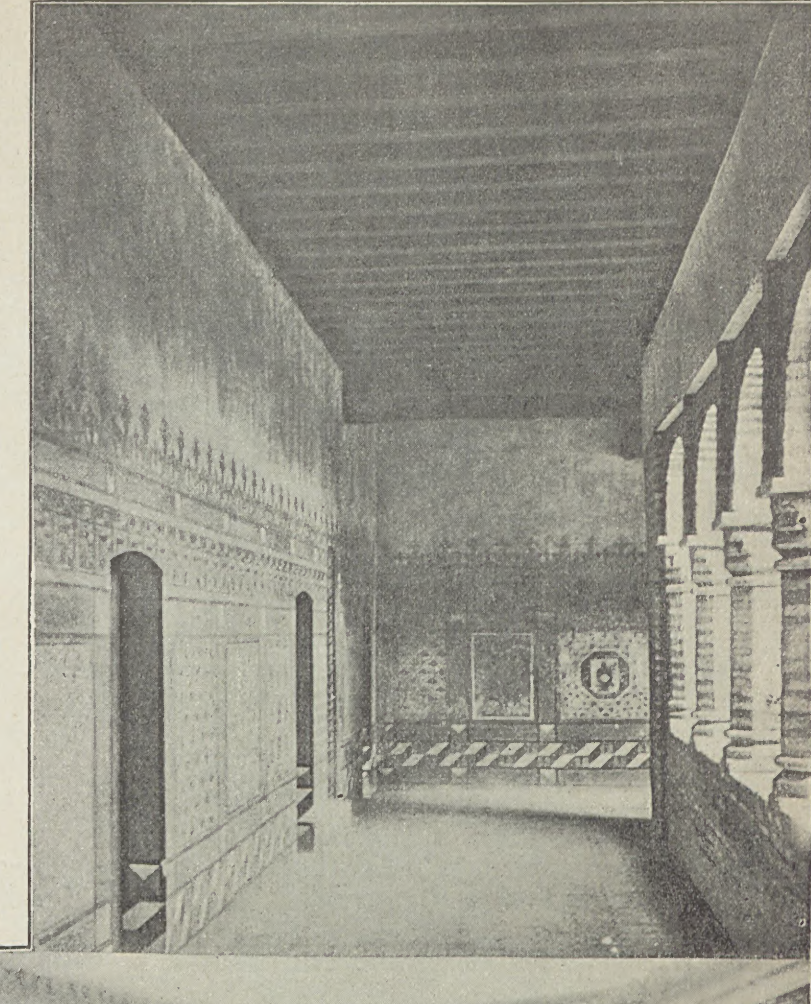
La influencia de la llegada de los europeos en América fué considerada por una muy distinguida escritora colombiana, cuyo nombre es ya familiar en España, doña Soledad Acosta de Samper. Esta estudiosa dama, que sigue con delectación el estudio de la historia de su país, presentó una Memoria resucitando las ideas que en el siglo XVII vertiera en famoso libro el judío Montesinos sobre la existencia en el interior del Continente americano de verdaderas y numerosas colonias de hebreos, y describe el establecimiento de una de éstas en el departamento de Antioquía, República de Colombia. Atrevida pareció la teoría, no resultando aún bien esclarecida entre las densas nieblas que todavía envuelven el origen de los primeros pueblos americanos. También aquella ilustre dama presentó otro trabajo acerca los aborígenes que poblaban los territorios que hoy forman la República de Colombia en la época del descubrimiento de América.

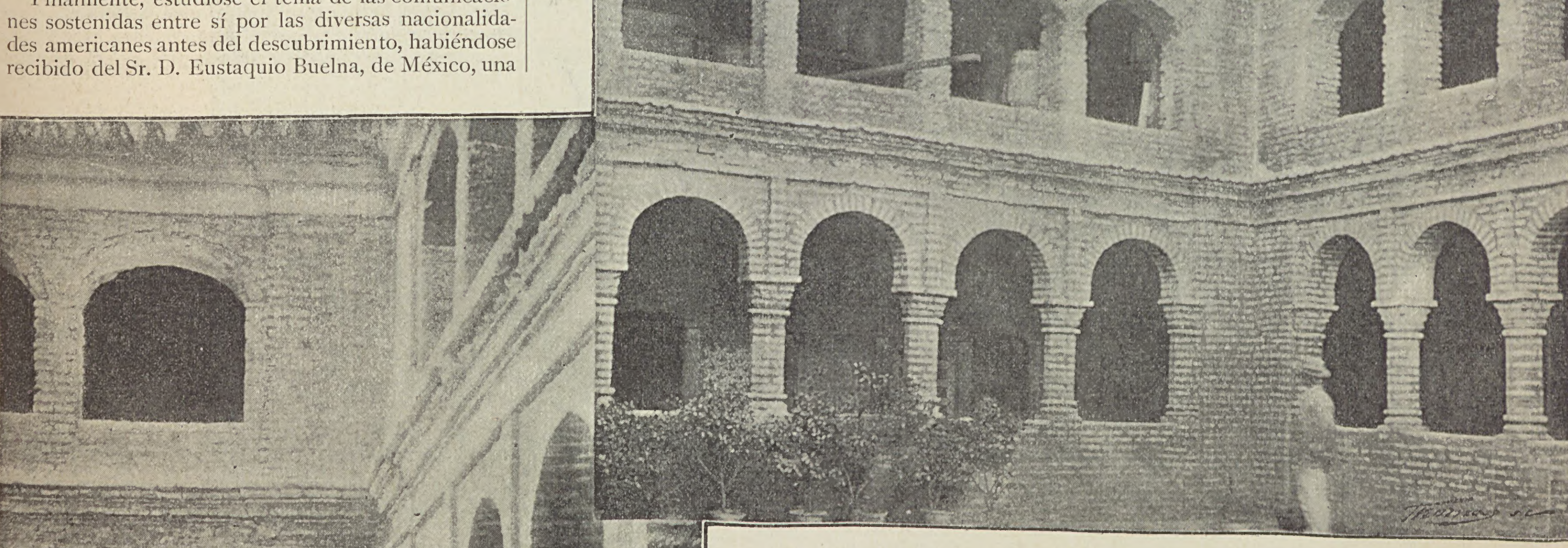
Estudiáronse con detención los documentos cartográficos relativos á los viajes de los primeros navegantes por el Océano Atlántico. El Sr. Stellzig presentó una Memoria sobre este interesante tema, ilustrado además por el presidente de la Sociedad de Geografía de Berlín Dr. Hellmann, que ofreció al Congreso en nombre de su Gobierno una magnífica edición de los mapas más famosos de los siglos XIV, XV y XVI, y por el docto profesor de Geografía en la Universidad de Viena Dr. Penck, quien disertó además sobre la necesidad de hacer el mapa general de América á la escala de una milésima.

Hay un personaje, en la segunda mitad del siglo XV, cuya misma existencia no está bien comprobada, y cuya carrera se ha determinado más bien por impresiones que por datos auténticos y documentos: es el piloto Alonso Sánchez de Huelva, que se supone embarcó en las expediciones portuguesas autorizadas por los reyes D. Alonso V y D. Juan II en los años 1473, 1475 y 1484. El Sr. Stellzig dió pruebas de su gran laboriosidad tratando de reconstituir los viajes del piloto onubense y discerniendo la influencia que pudieron tener sus descubrimientos y sus noticias en los planes y proyectos de Colón.

Finalmente, estudióse el tema de las comunicaciones sostenidas entre sí por las diversas nacionalidades americanes antes del descubrimiento, habiéndose recibido del Sr. D. Eustaquio Buelna, de México, una comunicación acerca la peregrinación de los aztecas y los nombres geográficos indígenas de Sinaloa. El Sr. Lucien Adam, presidente de la Audiencia de Rennes, presentó un magnífico estudio sobre la raza de los Dené, hecho por el P. Morice.

En las sesiones del Congreso se discutieron además otros puntos de historia americana, hablando el Sr. Luis Drapeyron, director de la *Revista de Geografía* de París, acerca el cálculo cronológico y geográfico de los períodos de la historia de América; la señorita Pelia Nuttall sobre el antiguo calendario de los mexicanos, cuyo sistema de meses y años ha reconstituído con gran copia de paciencia; el Sr. D. Angel A. Carranza, auditor de la República Argentina, sobre documentos relativos á la historia del Plata; el doctor Macé acerca el posible viaje de los cartagineses á América, y finalmente el celebrado orador portugués y antiguo ministro Sr. Pinheiro Chagas acerca la influencia de los portugueses en los viajes marítitimos del siglo XV y su participación en el descubrimiento de las Indias.





1. – Galería interior. – 2. Angulo del patio. – 3. Puerta de entrada al claustro. (De fotografías remitidas por D. Diego Pérez Romero.)

HUELVA. – CLAUSTRO RESTAURADO DEL MONASTERIO DE LA RÁBIDA, EN DONDE SE CELEBRÓ EL CONGRESO AMERICANISTA

En la sección de Antropología y Etnografía sólo se habían remitido al Congreso dos Memorias: una del profesor de la Universidad Central de Madrid don Juan Vilanova y Piera acerca la protohistoria de América en general; y otra del Sr. Guillermo Stellzig, que es un estudio antropológico de los habitantes de la Patagonia, comparándolos con las demás razas americanas. En el curso de las sesiones el Sr. Steward Culin disertó sobre las minas precolombinas en los Estados Unidos, presentando un trabajo del Sr. W. Holmes, ilustrado con fotografías, y el señor Restrepo y Tirado, delegado de la Colombia, disertó acerca los monumentos y antigüedades de la raza quimbaya.

En cambio fueron tan numerosos como importantes los trabajos de Lingüística y Paleografía presentados al Congreso; pudiendo casi asegurarse que no quedó olvidada casi ninguna de las lenguas que hablaban los antiguos pobladores del continente americano. En primer término el Sr. D. Juan Fernández Ferras, director de la Imprenta Nacional de San José de Costa Rica, disertó sobre una obra suya de gran valer que generosamente repartió entre todos los congresistas: se titula *Nahuatlismos de Costa Rica*, y es un estudio lexicográfico de las voces mexicanas que se hallan en el habla corriente de los costarricenses.

El Sr. Lucien Adam ofreció dos valiosos trabajos filológicos, á saber: unos textos en lengua itónoma, y un análisis gramatical de la lengua accawai.

El Sr. Seler se ocupó de la lengua y de la escritura maya, probando que había adelantado mucho en el estudio de los famosos jeroglíficos mexicanos, que sin embargo siguen aún siendo un misterio para los cultivadores de aquel idioma.

El Sr. Raoul de la Grasserie, juez en el Tribunal de Rennes, envió una Memoria conteniendo textos en lengua paquina y otra con textos en lengua tarasca y su traducción interlineal.



ANTES DEL BAILE cuadro de D. Manuel Cusí (Salón Parés)

GRUPO ALEGÓRICO REPRESENTANDO LA PINTURA, ESCULTURA Y ARQUITECTURA, obra de D. Jerónimo Suñol

CUEVAS DE GITANOS EN GRANADA, acuarela de D. Isidoro Marín

El Sr. Stellzig remitió un trabajo estudiando las afinidades gramaticales que los idiomas de la costa occidental de América presentan con las lenguas polinesias.

El Sr. Eustaquio Buelna envió una reimpresión del *Resumen de la introducción del arte de la lengua cahita*, obra escrita por autor anónimo, actualmente muy rara y avalorada con una introducción bibliográfico-histórica y un pequeño diccionario de la citada lengua.

El Sr. Francisco Belmar remitió una importante disertación sobre las lenguas zapoteca, mixe y trique, y su comparación con el zoque y el mixteco.

El Sr. D. José Ramón Mélida envió al Congreso una breve disertación relativa á las escrituras jeroglíficas de la América central y de México.

El Abate Emilio Petitot, antiguo misionero en la América del Norte y actualmente párroco en Mareuil, envió un curioso trabajo sobre la morfología y fonética de la lengua de los Dané, en la América ártica.

El Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, actual director de la Escuela Diplomática y del Museo Arqueológico de Madrid, ofreció al Congreso un ejemplar, hermosamente hecho, de la reproducción del Códice Maya, denominado *Cortesiano*, que se conserva en aquel Museo. Esta reproducción fotocromolitográfica está ordenada en la misma forma que el original, y es de gran importancia para obtener su interpretación, cuya clave ya quiso transmitir á la posteridad el P. Landa.

No faltaron los temas generales de lingüística, representados por tres Memorias del Sr. Raoul de la Grasserie sobre la función concreta del pronombre en varias lenguas americanas, la fijación de las lenguas americanas y el inclusivo y el exclusivo en las mismas.

Otros fueron sometidos al estudio del Congreso. El Abate Petitot remitió una interesante Memoria sobre la música de los indios en el Noroeste del Canadá: el Sr. Stellzig probó el común uso del sistema decimal entre los americanos: el Sr. R. Monner Sans, de Buenos Aires, remitió las pruebas de un libro que titula *Pinceladas históricas* y se refiere á las misiones en el Guarani; el Dr. Joubert disertó sobre la medicina vegetal de los indios; el príncipe Pablo Arsenievitch Poutjatine envió la nota de los antiguos manuscritos españoles existentes en la Biblioteca Imperial de San Petersburgo, y el Sr. Gustavo Saire, conservador de los archivos y bibliotecas del palacio de Mónaco, dió á conocer un recuerdo existente en aquel principado de un misionero monegasco que falleció en América en el año 1548.

Finalmente, no faltó la nota literaria, habiéndose remitido al Congreso varios poemas y sonetos, que si bien se declaró haberse recibido con aprecio, no fueron leídos ni serán publicados.

Tal es el resumen, premiosamente hecho, de la obra del noveno Congreso internacional de Americanistas. A ella han contribuído europeos y americanos, unidos en el común vínculo del estudio de la historia y de las razas que poblaron el nuevo Continente.

EDUARDO TODA

MISCELANEA

Bellas Artes.—El célebre pintor Gabriel Max ha enviado al secretario de la Galería de Bellas Artes de Hamburgo su último cuadro, que es de grandes dimensiones y representa á una mujer arrodillada, para que su producto contribuya á aliviar la miseria que en aquella ciudad ha dejado el último cólera.

—El escultor C. Behrens ha comenzado el monumento que en honor del emperador Guillermo se erigirá en Breslau: la estatua ecuestre del emperador, con casco y capa militar y empuñando con la diestra el bastón de general, se alzará sobre un pedestal, en el que estarán representadas las figuras del Arte y de la Ciencia.

Teatros.—En el Real Teatro de la Comedia, de Berlín, se representará próximamente, por indicación del emperador, la segunda parte del *Colón* de Carlos Werder.

París.—Se han estrenado en el Vaudeville un drama en un acto de Martín Laya, titulado *La Felure*, y *Tel*, comedia en tres actos de Le Lorrain: el primero es un drama que produce esa emoción nerviosa que nace de la vista del sufrimiento físico; la segunda es una sátira contra algunas preocupaciones sociales, aunque el autor no logra conseguir el efecto que se propuso. El éxito de ambas obras ha sido no más que mediano. El Gran Teatro, rica y elegantemente decorado, se ha inaugurado con la *Safo* de Daudet.

Londres.—En Covent Garden no se ha representado durante la última semana más que *El amigo Fritz*, de Mascagni; prepáranse la reproducción de *Otelo*, de Verdi, y el estreno de *Ismengarda*, de Emilio Bach. En el Lyceum obtienen gran éxito las representaciones de la tragedia de Shakespeare *El rey Lear*, magistralmente interpretada por el eminente actor Enrique Irving. En el Albert Hall ha dado un concierto la eminente diva Adelina Patti: inútil es decir que obtuvo un triunfo.

Madrid.—En el Real han obtenido una verdadera ovación en *Rigoletto* el tenor Marconi y la tiple señora Brambilla. En la Comedia se ha estrenado *La estrella de los salones*, comedia en tres actos y en verso de D. Mariano de Vela, que pertenece á un género que algunos califican de pasado de moda, á pesar de lo cual fué muy aplaudida. En Eslava ha tenido un éxito mediano *¡Pobres forasteros!*, revista de los Sres. Navarro y Gonzalvo y Fiacro Yraizoz, música del maestro Brull, que quizás lo hubiera logrado mayor si se hubiese representado durante las fiestas cuyos principales incidentes reproduce. *Las ligas verdes*, juguete estrenado en Apolo, no ha sido del agrado del público.

Barcelona.—En el Liceo, *Il vascello fantasma* ha sido un nuevo triunfo para el director Sr. Mugnone: la señora Arkel y los Sres. Blanchart y David cantaron sus partes de una manera intachable; los coros bien, la orquesta admirable: para todos hubo aplausos entusiastas. En el Principal, la compañía que dirigen D. Ricardo Calvo y D. Donato Jiménez ha puesto en escena *D. Alvaro ó la fuerza del sino*, hermosa producción del duque de Rivas, que siempre se oye con deleite: los citados actores y la señorita Cobeñas alcanzaron muchos aplausos. La obra ha sido presentada con propiedad y lujo, habiendo producido muy buen efecto las magníficas decoraciones del pintor escenógrafo de Madrid D. Amalio Fernández.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

Héctor Bertolé-Viale, general italiano, senador, varias veces ministro de la Guerra y ayudante de Víctor Manuel.

Víctor Ottolini, notable escritor italiano, autor de una novela social *Después de la cárcel*, de una *Historia del teatro italiano*, de la *Historia de la revolución de los Cinco Días*, etc.

El duque de Malborough, príncipe de Mildenheim, en Suabia, consejero y director de importantes compañías inglesas, especialmente de las de electricidad, y notable colaborador en las principales revistas artísticas y literarias de Inglaterra.

El reverendo W. P. Austin, obispo de la Guayana Británica, primado de las Indias Occidentales y prelado de las órdenes de San Miguel y de San Jorge.

Moisés Loria, filántropo italiano que destinó toda su fortuna, quince millones de pesetas, á la fundación de unos talleres en donde pudieran tener ocupación los obreros sin trabajo.

Guillermo Maurenbrecher, director del Seminario Histórico de la Universidad de Leipzig, historiador profundo, gran conocedor de las Edades media y moderna y especialmente de la época de la Reforma, autor de muchas é importantes obras, la última de las cuales es *Historia de la fundación del Imperio alemán*.

NUESTROS GRABADOS

Cristóbal Colón.—Frontón proyectado para el Palacio destinado á Biblioteca y Museos.—Grupo alegórico representando la Pintura, Escultura y Arquitectura, obras de D. Jerónimo Suñol.—No es el Sr. Suñol un artista novel; tiene historia y sobrados merecimientos para que no sólo se le considere como maestro en el gran arte, sino también como ilustre hijo de nuestra región y uno de los escultores que más honran á España. Difícil es condensar en el limitado espacio de que podemos disponer la vida artística de este distinguido artista, quien debe todos sus triunfos y la general consideración á su solo esfuerzo, á su mérito y á su laboriosidad. Instalado en Roma, con escasos recursos, precisamente en la época en que Fortuny producía sus primeras obras, dióse también á conocer Suñol por medio de su notable estatua de Dante, que al popularizar su nombre, sentó los cimientos de su reputación artística. A ésta siguieron las de *Himeneo* y *Petrarca*, premiadas como la anterior, el sepulcro del duque de Tetuán en las Salesas Reales, la monumental escalera del palacio de los duques de Santoña, que es una verdadera joya de arte, el precioso grupo alegórico que corona el frontón del Museo Nacional de Madrid, las estatuas de dos grandes apóstoles que embellecen la preciosa rotonda de San Francisco el Grande, los retratos en busto y en relieve de su malogrado amigo Fortuny, que entre los que se conocen del célebre pintor reusense son los más populares y reproducidos, y la estatua de Colón que corona el monumento levantado al gran navegante en el paseo de la Castellana de Madrid, que tantos elogios ha valido á su autor, á quien ha reportado un nuevo triunfo, puesto que como tal debe considerarse el encargo que ha poco recibió de la ciudad de Nueva York para reproducirla en bronce, operación que está practicándose en los talleres de D. Federico Masriera.

Cuando las escuadras reunidas saluden con motivo de la próxima Exposición de Chicago á la joven América, se descorrerá el lienzo que cubra la estatua del gran navegante, y las salvas y los vítores confundirán los nombres de quien descubrió un mundo bajo la égida de la bandera española y de quien ha empleado su ingenio para glorificar, por medio de una obra maestra, al que España considera como uno de sus más ilustres varones.

El acorazado inglés «Howe» varado en los bajos de los Pereiros (Ferrol).—La escuadra inglesa, compuesta de siete buques, dirigíase el día 2 del actual al Ferrol, cuando el *Howe*, que navegaba detrás del buque almirante *Royal Sovereing*, varó por la popa en los bajos de los Pereiros, á la entrada del puerto del Ferrol. El comandante y la tripulación del buque hicieron desesperados esfuerzos para poner á flote el barco; pero todo fué inútil, á pesar de los auxilios que las autoridades marítimas ferrolanas enviaron inmediatamente. El almirante inglés puso en seguida el hecho en conocimiento del almirantazgo, el cual ha enviado el *Alexandra* para proceder al salvamento del *Howe*. Este es un magnífico buque de acero de dos hélices, que fué terminado en 1887 en el arsenal de Pembroke: sus dimensiones son 97'5 metros de eslora, 20'4 de manga y 8'17 de calado; desplaza 10.300 toneladas y su máquina, que desarrolla una fuerza de 11.500 caballos, imprime al buque una velocidad de 17 millas por hora. Su radio de acción es de 7.200 millas y su artillería se compone de 4 cañones de 67 toneladas, 6 de 15 centímetros, 19 de tiro rápido, 7 ametralladoras y 5 tubos lanzatorpedos. Este buque, considerado como uno de los mejores de la marina inglesa, costó 700.000 libras esterlinas (17.500.000 pesetas).

Nuestros grabados representan al *Howe* antes de sufrir el percance y tal como quedó al varar en los bajos de los Pereiros.

Madrid.—Fiestas del Centenario. Cabalgatas Histórica y del Comercio y de la Industria.—Si hubiésemos de reseñar con algún detenimiento estas dos cabalgatas, necesitaríamos espacio de que para esta sección no podemos disponer: nos limitaremos, pues, á describirlas á grandes rasgos, prescindiendo de detalles que nuestros lectores podrán ver en la lámina que publicamos. Dividíase la cabalgata histórica que se verificó el día 13 del corriente en las cinco partes siguientes: *Recuerdo de la rendición de Granada* (heraldos, ballesteros, arcabuceros, el rey Boabdil llevando en las manos las llaves de la ciudad, séquito de moros, y guardia de piqueros castellanos); *Los frailes de la Rábida* (treinta y ocho religiosos franciscanos presididos por fray Juan Pérez y el P. Marchena y entre estos dos Diego Colón); *Las Carabelas* (los tres hermanos Pinzón, Vicente Yánez, Francisco Martín, marineros, guerreros, aventureros y las tres carabelas *Pinta*, *Niña* y *Santa María*, de gran tamaño y construídas según los planos del restaurador del Museo Naval D. Rafael Monleón); *Los Reyes Católicos* (alabarderos, timbalero, trompeteros, maceros, D. Fernando y D.ª Isabel, dos portaguiones, los infantes D. Juan y D.ª Juana, damas, el cardenal Mendoza, fray Hernando de Talavera, fray Diego de Deza, el Gran Capitán, séquito de los reyes, dos priores de las Ordenes militares y jinetes); *Alegoría del descubrimiento y homenaje á Colón* (indios conduciendo ídolos, pájaros, oro, frutos, armas y otros objetos del Nuevo Mundo, y carroza monumental). La carroza merece descripción aparte: sobre las ruinas de un templo azteca ostentando trofeos de armas y atributos de marina y guerra, el busto de Colón en medio de una guirnalda de laurel y roble; sobre ésta la estrella del Genio y una cinta con el nombre de *Génova*, y á modo de dosel la vela de la *Santa María*: en la base del monumento, España recibiendo á América y señalándole las armas y escudos de Isabel la Católica, y á sus pies coronas y flores: una larga gasa con estrellas desciende de lo alto del palo mayor de la carabela y cae sobre el Mundo, que va en una gran concha conducida por caballos marinos cuyas bridas sujeta América: al frente de la carroza, la Fama anuncia al mundo el descubrimiento. Esta cabalgata, cuya dirección estuvo á cargo del pintor escenógrafo Sr. Bussato, del literato D. Javier de Burgos y del artífice Sr. París, fué presentada con gran propiedad y riqueza en todos sus detalles, siendo muchos personajes copia exacta del famoso cuadro de Pradilla *La Rendición de Granada*: el éxito de este festejo fué completo.

No menor lo obtuvo la cabalgata del Comercio y de la Industria que se efectuó el día 6 del actual: en ella figuraron todos los gremios con sus estandartes y muchos Centros, Sociedades y Cámaras de Comercio que no enumeramos porque la lista sería interminable; baste decir que en ella estaban todo el comercio y toda la industria de Madrid. Sobresalieron en ella: la carabela de los confiteros, desde la cual lanzaban éstos dulces, confites y caramelos; la carroza del gremio de taberneros, artístico grupo de toneles, pámpanos, racimos, mascarones, escudos, banderas, completado con hombres y mujeres que representaban las regiones vinícolas de España, y coronado por el dios Baco, puesto encima de esbelta columna; la carroza de Colón, con el globo terráqueo, que descansaba sobre una serie de conchas, en una de las cuales iba una ninfa y en otras los dos grupos de delfines despidiendo agua; sobre el mundo la estatua de Colón con el pendón de Castilla; la de la Industria, representando una fábrica con alegorías y atributos de varias industrias; y la del Comercio, que representaba un muelle de carga. También llamó la atención una artística corona de suela del gremio de zapateros.

Antes del baile, cuadro de D. Manuel Cusí (Salón Parés).—Hemos tenido ocasión de celebrar en distintas ocasiones las obras de D. Manuel Cusí, especialmente sus bellas cabecitas de mujer y las caprichosas figurillas, pintadas con gracia, donaire, de tonos simpáticos y agradables; pero el lienzo que reproducimos, que es una de sus últimas producciones, recomiéndase especialmente por los progresos y cualidades que denota en su autor, tanto en la composición como en la fidelísima interpretación de las telas y tapices. Bella es la figura de la joven, graciosa su actitud, que no da lugar á confundirla con la mujer descocada y vulgar, y admirable la ejecución del raso de su vestido, de los encajes y del tapiz que constituye el fondo, sobre el que se destaca elegante y simpática como el rosado tono de su vestido y los blancos encajes que lo enriquecen.

Cuevas de gitanos en Granada, acuarela de D. Isidoro Marín.—Durante el período de la Exposición Universal de Barcelona, sorprendió á los asiduos visitantes de la Galería Parés la numerosa cuanto variada colección de cuadros de pequeñas dimensiones, de sabor completamente andaluz, de frescos y vivos tonos, con derroches de luz, seguros trazos y valiente cuanto espontánea ejecución, firmados por un pintor completamente desconocido entre los artistas y *amateurs*. Las exposiciones fueron sucediéndose y el público continuó alentando al artista con la adquisición de sus obras. Todos los géneros pudieron verse representados, pero dominando en todos ellos el sello meridional, la jugosa y espléndida vegetación, la viveza de luz, la diafanidad de nuestro purísimo cielo, los contrastes vivísimos de colores que ofrecen los tipos y trajes, y la naturaleza siempre sonriente, próbida y halagadora, como es la de Andalucía, aquel rincón privilegiado de la tierra española en donde la Providencia reunió todas las armonías y todos los encantos, en donde se realizaron los más grandes y más interesantes hechos de nuestra historia. Aquellos cuadros fueron las primeras manifestaciones artísticas de Isidoro Marín, y al éxito que sus obras alcanzaron se debe que renunciara por completo á los *informes y alegatos* para dedicarse exclusivamente al cultivo del arte. Sus producciones no son ya meros ensayos, según lo demuestra el interés que despiertan y las recompensas que merecen en concursos y exposiciones. El joven pintor granadino forma parte de esa pléyade de artistas que han logrado continuar la merecida fama de la escuela de aquella región, de carácter genuinamente español.

Una huelga de obreros en Vizcaya, cuadro de D. Vicente Cutanda (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892).—Con reconocido acierto ha dicho un crítico madrileño, al ocuparse de la obra del Sr. Cutanda, que tanto la composición como el asunto han sido un verdadero hallazgo. Feliz ha estado nuestro distinguido amigo, puesto que aparte de lo justo del colorido y de su especialísima tonalidad, ha logrado presentar un cuadro real, animado, en el que no huelga el menor detalle, constituyendo una bella y vigorosa producción, de género y concepto completamente modernos. En la agrupación de las figuras, en sus actitudes enérgicas, en sus trajes, en la atmósfera que rodea á los obreros, un tanto agrisada por el humo de los abandonados hornos, hállase impreso el sello de la verdad, que sólo puede interpretarla quien además de poseer un espíritu observador atesore verdadero temperamento artístico. Así lo han comprendido el público que visita el Palacio de Bellas Artes, en donde se exhiben actualmente en Madrid la Exposición internacional, y el Jurado, que no ha titubeado en otorgar una de las primeras recompensas al Sr. Cutanda, al celebrado autor del notable lienzo titulado *A los pies del Salvador*, premiado asimismo en el Certamen nacional de 1887.

CADENAS

NOVELA ITALIANA ESCRITA POR CORDELIA. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

XVII

La idea de presentarse al hombre que tanto la había hecho padecer y á quien odiaba con toda su alma, era un horroroso torcedor para Elvira; por nadie en el mundo, más que por su Laura, habría dado semejante paso; y «si al menos le sirviese de algo,» pensaba; pero lo peor era que no tenía confianza alguna y estaba persuadida de que iba á soportar una humillación inútil.

La animó, sin embargo, el recuerdo de su hija y salió de su casa para ir á la de su marido.

Habitaba éste en la Carrera de la Puerta de Venecia; pero Elvira no se encaminó en derechura allí, sino que dió un rodeo para coordinar sus ideas y para respirar el aire fresco y libre.

Al pasar por delante de una iglesia entró en ella y se arrodilló llorando y orando ante el altar de la Virgen.

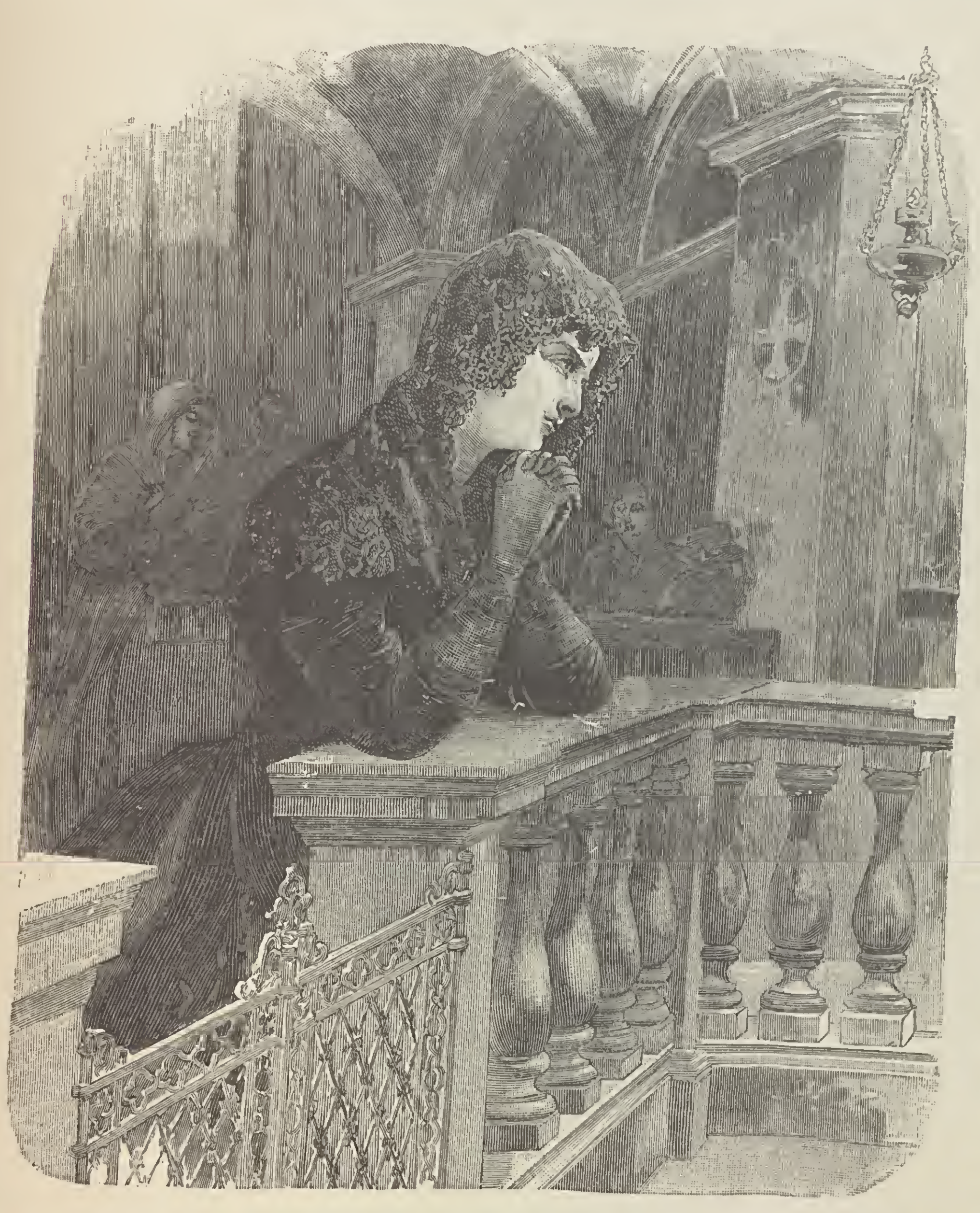
Comprendía que ya no podía esperar nada de los hombres y acudía al cielo en demanda de auxilio; en aquel momento necesitaba creer en algo sobrenatural, en una potestad que pudiese dirigir los acontecimientos, que tocase el corazón del que fué en otro tiempo su marido.

No pedía al cielo más que la felicidad de su hija; para ella, nada.

Salió de la iglesia más animada; acababa de rezar con tanto fervor que le parecía imposible que Dios no escuchase sus oraciones. Se necesitaba un milagro para conmover á su marido pero creía que había de realizarse este milagro

– Bien mirado, pensaba, ¿con qué objeto querría impedir la ventura de Laura? ¿Qué le ha hecho esa pobre niña para que la aborrezca hasta tal punto? Si es por vengarse de mí, que se vengue, pero en mi persona no más; haga de mí lo que quiera, su sierva, su esclava; pero que respete á Laura.

Con estos pensamientos llegó á casa de Berletti y con mano temblorosa empujó el pulsador del timbre eléctrico.



Se arrodilló ante el altar de la Virgen

Salió á abrir una criada, moza rubicunda, de mirada insolente y con ese aire de ama de casa que suelen adquirir las que sirven á un hombre solo.

Miró á Elvira de arriba á abajo; y por su traje modesto, por su actitud reservada comprendió que no era una de tantas mujeres como frecuentaban la casa de su amo, en su mayoría cantantes con vestidos chillones, sombreros exagerados y llenas de afeites.

– ¿A quién busca usted?, le preguntó.

– Al Sr. Berletti.

– Tenga usted la bondad de decirme su nombre.

Elvira escribió con un lapicero: «Elvira Berletti Del Colle» en una hoja arrancada de su librito de memorias y la entregó á la criada.

Esta echó una ojeada á lo escrito y preguntó:

– ¿Es usted pariente del señor? Nunca me ha dicho que tuviera parientes.

– Entrégueselo usted á su amo, dijo Elvira de un modo que no admitía réplica.

– ¡Vaya un tono!, pensó la criada alejándose.

Entró en el despacho de su amo, el cual estaba hablando con su socio, y entregándole el papel le dijo:

– Una señora pregunta por usted; debe ser alguna pariente: ¿le digo que está usted ocupado?

Berletti, después de leer la hoja que le había entregado la criada, exclamó, dando un suspiro de complacencia:

– ¡Por fin! Di que entre.

Y volviéndose al socio añadió:

– Más tarde hablaremos de este asunto; ahora déjeme usted, pues tengo que despachar otro con esa señora.

La criada, ya más respetuosa, introdujo á la recién llegada.

Elvira se encontró en presencia de su marido, el cual estaba tan cambiado que no lo habría conocido.

En vez de patillas negras llevaba toda la barba ya entrecana; había engruesado, y sentado en un gran sillón delante de su escritorio, tenía un aspecto imponente, severo, que habría engañado á cualquiera; pero no á Elvira que, al través de aquellos ojillos brillantes é inquietos, leía los perversos sentimientos de su alma.

Apenas la vió entrar, le indicó que se sentara en un sillón junto á la mesa, y le dijo ceremoniosamente:

– ¿A qué debo el honor de ver á usted?

– Lo sabe usted tan bien ó mejor que yo, contestó Elvira; se trata de la felicidad de nuestra hija, y he venido á rogar á usted con lágrimas en los ojos que le dé su consentimiento para casarse.

– ¿Conque ahora comprende usted que tiene algo de común conmigo? Hasta este momento lo había usted olvidado y lo seguiría olvidando si en efecto no tuviera necesidad de mi auxilio. ¡Oh! Es muy cómodo olvidarse de las personas mientras no se las necesita y acordarse entonces de ellas; pero yo pienso de otro modo.

En esto se presentó la criada, que abrió la puerta con ímpetu y anunció á la célebre Rivani.

Al oir aquel nombre el empresario sonrió de satisfacción y dijo á Elvira:

– Como, según me parece, nuestra conversación será larga, permítame usted decir dos palabras á la señora Rivani, una *prima donna* que deseo ajustar, y en seguida soy con usted; si tiene la bondad de pasar á ese gabinete, en dos minutos despacharé.

Elvira hubo de ceder el puesto á la célebre cantante, la cual entró ufanándose, con la cabeza levantada como una reina.

Era bella, más de una belleza algo artificial; llevaba un elegante traje de seda lleno de flecos y agremanes, pero con tan poco vuelo en la falda, que le costaba trabajo andar; el corpiño era una coraza de terciopelo recamado de relucientes margaritas de azabache; cubría su cabeza un sombrero á lo Rembrandt, adornado de plumas de avestruz, tan largas que le llegaban á la cintura y ondulaban como serpientes siempre que movía la cabeza.

Berletti salió á su encuentro sonriendo, le tomó las manos y le dijo:

– Tengo un verdadero placer en ver á usted.

– ¿Sí? Pues mire usted, todos me solicitan, pero he venido á verle porque me gusta usted y quiero que hagamos negocio.

– Con mil amores, contestó el empresario. ¿Conque mi proposición le conviene á usted? Estamos entendidos.

– ¿Se burla usted? ¿Dos mil liras por función á una celebridad como yo?

– Sí; pero ¿quién la ha oído á usted en Italia? Ya comprenderá usted que se arriesga algo.

– ¡Cómo que se arriesga!, replicó ofendida la cantante. ¿Quiere usted ver lo que se dice de mí en las primeras capitales del mundo?

Así diciendo, corrió á la antesala dando saltitos por no poderse mover libremente en su estrecho vestido y volvió con un álbum voluminoso debajo del brazo.

– Lea usted lo que opinan de mí en las primeras capitales del mundo, añadió.

Y abrió el álbum, en el cual había pegado gran número de recortes de periódicos que contenían hiperbólicos elogios sobre su talento, su voz y su persona; todas las páginas del álbum estaban llenas de aquellos recortes escritos en varias lenguas, que formaban un verdadero mosaico, y en cada uno de ellos se veía escrito el título del periódico del que se había cortado y la fecha.

El empresario, después de hojearlo, dijo:

– ¡No ha tenido usted poca paciencia! Esto debe haberla costado á usted mucho dinero.

– ¡Cómo!, exclamó la cantante cerrando impetuosamente el álbum. Estoy convencida de que jamás apreciará usted mi talento. Voy á ver á Rovelli que me anda haciendo la corte de algún tiempo á esta parte.

– ¡Vamos, vamos, ha sido una broma!, dijo Berletti cogiéndola por un brazo y haciéndola sentar á su lado; sé que vale usted un tesoro y por eso desearía contar con usted en mis filas; pero piense también en que los pobres empresarios estamos expuestos á continuos riesgos; ya que usted es tan hermosa, sea también buena.

– Es que lo soy en demasía; pero también necesito vivir, y harto sabe usted que conmigo todo serán ganancias; las funciones en que yo cante podrá usted aumentar el precio de las localidades; será usted dueño del público.

– Conforme, pero me parece que dos mil liras por función forman una suma respetable.

– ¡Pero si Rovelli me ha ofrecido tres mil y las he rehusado!

– Pues ha hecho usted muy mal; pero no quiero perder el tiempo en dimes y diretes y también la ofrezco tres mil, y cuenta que se las doy á usted de veras, mientras que ya es sabido que Rovelli no pasa de promesas.

– Me las habría dado, se lo aseguro á usted, porque las quiero anticipadas; no soy tan tonta que me fíe de los empresarios.

– Muchas gracias, contestó Berletti; pero siquiera yo doy préstamos: ¿cómo podría precaverme de los caprichos de los artistas, de sus frecuentes indisposiciones? Tampoco soy yo tonto.

– Pues entonces aceptaré la proposición de Rovelli.

– Vamos, no sea usted así; se las daré la noche misma de la función, pero cuando haya concluído.

– No, porque después de haber cantado podría usted faltar á lo convenido; quiero al menos la mitad por adelantado.

– Vaya por la mitad, y ahora firmemos la escritura.

– Pero con una condición, dijo la cantante: que en la escritura ponga usted diez mil liras por función; me avergonzaría de que se supiese que canto por una miseria; lo hago sólo por tener el gusto de cantar en Italia. Por lo demás, ya es sabido que todos vosotros sois pobres y no pagaríais ciertos sueldos.

– Concedido: ¿está usted ya contenta? ¿Me quiere usted un poco?

– Sí, mi buen empresario; ahora me marcho y volveré más tarde por el contrato; estamos entendidos, la mitad antes y la mitad después, pero sin falta en la noche de la función. Hasta luego.

Y así diciendo, le tiró un beso, le hizo una reverencia como si diera las gracias al público desde la escena, luego volvió atrás y añadió:

– ¡Ah! Que se acuerde usted de mandar imprimir grandes carteles y hacer que todos los periódicos hablen de la célebre Rivani. He preparado un álbum para poner en él las opiniones del público italiano. No lo olvide usted. Adiós.

– Descuide usted; hasta la vista, contestó el empresario.

En seguida se levantó, llamó á Elvira y le dijo:

– Siento mucho haber hecho esperar á usted, pero los negocios son ante todo; reanudemos ahora nuestra conversación. ¡Conque desea usted hablarme de nuestra hija! Usted misma ha afirmado que es nuestra; pero la verdad es que hasta ahora no había echado yo de ver que tuviera una hija, y como he dicho antes, ha cometido usted la torpeza de no advertirlo hasta que me ha necesitado usted.

– Habré hecho mal, lo confieso, contestó la pobre mujer, que estaba como sobre ascuas; pero ella no tiene la culpa ni debe sufrir la pena de mi egoísmo.

Berletti fingió no haber oído esta interrupción y prosiguió:

– ¡Conque ha disfrutado usted hasta ahora de la compañía de la que llama usted nuestra hija! No me parece mal; he comprendido que una niña, hasta que llega á cierta edad, necesita una madre, y no he querido privarla de los tiernos y solícitos cuidados de usted; por eso he callado tanto tiempo; pero ahora se trata de su casamiento, y esto me demuestra que ha llegado á una edad en que puede prescindir de su madre y guiarse por sí misma, y yo me permito reclamar á usted nuestra hija. Hasta ahora la ha tenido usted; hoy reclamo ya mi parte; me asiste el derecho de tenerla á mi lado un poco antes de entregarla en manos de un esposo; es tan joven que no pierde por ello tiempo.

Elvira se sentía morir, pero tuvo fuerza para contestar:

– Es que ama mucho á su novio y no puede vivir sin él.

– ¡Bah! Niñerías, dijo Berletti encogiéndose de hombros; ya no existen esos amores ni siquiera en las novelas; lea usted á Zola y me lo dirá. Le aseguro que yo la curaré; tráigamela y verá usted cuán presto olvida á su novio.

– Pero ¿qué pretende usted hacer con esa pobre niña?

– ¿Quién sabe? Quizás una mujer célebre; sé que tiene buena voz, que canta bien; agradezco á usted que le haya dado tan buena educación y aprovecharé sus aptitudes para dedicarla al teatro.

Elvira recordó la escena que había presenciado momentos antes, y al pensar que su hija podía llegar á ser como la mujer á quien acababa de oir hablar en aquel mismo cuarto, sintió que se le helaba la sangre en las venas.

– Eso no es cierto; no puede usted querer la ruina de su hija, dijo con voz temblorosa.

– ¿La ruina? ¿Por qué? ¿Qué idea se ha formado usted del teatro? Si es la mejor carrera que puede escoger una mujer... Yo, si hubiese tenido voz, me habría dedicado á ella: no puede usted figurarse cuán feliz es una joven viéndose siempre festejada, colmada de elogios, cortejada de todos, llevada en triunfo, reverenciada como una reina, adorada como una santa; no, no lo sabe usted, viviendo allá en un rincón, vegetando como las plantas del jardín de ese barón; al menos en el teatro se siente que se vive, y si yo quiero que mi hija siga esa carrera, es por su bien; además, una *prima donna* puede aspirar á hacer fortuna, casarse con un duque, con un príncipe y no con un hombre insignificante como ese alemán: sí, sí, veremos princesa á nuestra hija, y entonces me dará usted las gracias por haberle proporcionado tan envidiable suerte.

– No prosiga usted, por Dios, dijo la pobre mujer, que había intentado muchas veces interrumpirle; eso no puede ser; preferiría ver á nuestra hija muerta á que saliese á la escena.

– Déjese usted de romanticismos; también usted se resignará, porque lo he dispuesto así.

– Es que yo no le entregaré á usted mi hija, dijo Elvira levantándose.

– Y yo haré que me la dé usted por fuerza; estoy en mi derecho y dispongo de buenas armas.

– ¡Me amenaza usted! Tenga, pues, muy en cuenta que desde el momento en que no me quiere usted por amiga, me tendrá por enemiga; diré á todos quién es usted y contaré su pasado.

– Esperaba esa amenaza y no me intimida; la que es capaz de presentar á la autoridad un documento falso, lo es también de levantar un falso testimonio y nadie la creerá.

– Yo estaba en la persuasión de que había usted fallecido.

– Debió usted informarse; esas noticias no se dan tan á la ligera: repito que no la creerán á usted. Conque ya lo sabe: jamás daré mi consentimiento para que Laura se case con ese joven; no es el partido que deseo para ella; y usted hágame al favor de enviarme á mi hija. Me parece que después de tantos años tengo el derecho de conocerla.

– Antes la muerte; y en cuanto al matrimonio, esperará á poder contraerlo sin necesidad del consentimiento de usted.

– Lo malo es que tardará mucho: ¡cinco años! Tiempo suficiente para recorrer todos los teatros del mundo cosechando aplausos y laureles. Por lo que á mí toca, gracias al aprecio y buena fama que he adquirido, puedo ya ir por todas partes, hasta al lago.

Elvira quiso apelar de nuevo á la dulzura.

– Haré lo que quiera usted, dijo, si salva á nuestra hija; vendré á vivir con usted; seré su víctima, su esclava, todo cuanto quiera.

– No me basta; ya ni para comprimaria serviría usted. Quiero á Laura.

– Pues no; juro que no la tendrá usted. Me la llevaré muy lejos, al fin del mundo, donde no pueda usted hacer nada.

– Tengo los brazos muy largos.

– No nos alcanzará usted; se lo aseguro.

Y al decir esto salió de la estancia, indignada, ciega de ira, con el infierno en el alma.

No podía más; si hubiera tenido un arma, se habría suicidado.

Salió de aquella casa como una loca; no veía lle-



La cantante entró ufanándose

gar el momento de encontrarse al lado de su hija; parecíale que aquel hombre se le adelantaría para robarla; le creía capaz de todo.

Su imaginación calenturienta no le permitía ya raciocinar.

Sin pérdida de tiempo subió á un coche que la condujo á la estación del ferrocarril; cuando llegó hubo de esperar el tren que salía para Como, y en tanto se puso á pasear por el andén con impaciencia febril; los viajeros la miraban con sorpresa creyéndola loca; un guardia municipal quiso meterla en un coche para llevarla al hospital, y un caballero se acercó á ella preguntándole si se encontraba indispuesta.

Todos la observaron; pero estaba tan fuera de sí que no echaba de ver nada.

Llegó por fin la hora de la marcha; el viaje le pareció eterno. Para desahogar su estado excesivamente nervioso, tenía que romper cuanto llevaba en la mano, é hizo pedazos el mango de la sombrilla y deshizo el fleco que guarnecía su abrigo.

No le era posible fijar su imaginación en un solo pensamiento; no sabía lo que haría al llegar á la quinta, pero sentía un gran peso en el corazón, sacudidas en todo su cuerpo, necesidad de desahogarse, de echarse en brazos de las personas amigas.

No le bastó que su hija, acompañada de Alberto, acudiera sonriente á su encuentro; nada veía, experimentaba solamente una precisión imperiosa de desahogarse; ni siquiera se le ocurría contenerse en presencia de Laura; le era forzoso decirlo todo, de lo contrario creía que iba á estallar.

Al entrar Elvira en la quinta aumentóse la sobrexcitación nerviosa de que se hallaba dominada, menudeaban más sus movimientos convulsivos y su mirada era cada vez más vaga sin dejar por esto de ser cada vez más intensa.

Cuando Laura vió á su madre en aquel estado helósele la sonrisa en sus labios.

– ¡Estamos perdidas!, exclamó la pobre mujer. Tu padre se niega á dar su consentimiento y no puede efectuarse tu matrimonio. No nos ha hecho sufrir bastante; quiere atormentarnos hasta lo último. ¡Pobre hija mía, no llores..., ven á mis brazos!..

No pudo proseguir; los sollozos ahogaron su voz en la garganta, y presa de un ataque nervioso, cayó sin sentido en un sillón.

XVIII

Después de la entrevista tenida con su mujer, Berletti se quedó muy satisfecho por la victoria alcanzada y por haber visto á aquella mujer soberbia humillada ante él; pero no dejaba de estar pensativo. Quería mantener su palabra y recobrar á su hija, pero aún no había determinado cómo conseguiría su intento.

No le parecía muy prudente hacer valer sus derechos ante la ley; lo dejaba para el último caso, cuando ya no hubiera otro medio. Habría preferido robarla, cosa que, en su afición á las escenas melodramáticas, le parecía más fácil; acordóse del *Rigoletto*, ópera en la que roban á una doncella escalando su casa de noche, y decidió intentar algo parecido; y cuando Laura estuviese en su poder, se figuraba que bastaría prometerla que daría el consentimiento para su boda con Alberto para hacer de ella cuanto quisiera, y principalmente dedicarla al teatro, realizando sus sueños; luego vería lo que convenía hacer.

Pero también la experiencia le había hecho prudente y resolvió no precipitar las cosas y dar tiempo al tiempo; entretanto haría algunas exploraciones por el lago, y tenía confianza por hallarse en una época en que su buena estrella le allanaba toda clase de obstáculos y le sonreía la fortuna. La idea de que por fin podría vengarse de su mujer le hacía sonreir y se estregaba las manos de satisfacción.

Tan luego como Elvira pudo coordinar sus ideas, se acercó á su amigo el barón, arrepentida de no haberse aconsejado antes de él y de haberlo querido hacer todo por sí y ante sí. Le abrió su corazón como pudiera á un confesor; pero el barón no pudo aconsejarle otra cosa sino que tuviera paciencia, y le dijo que esperase hasta que Laura fuese mayor de edad.

– Antes se lo habría aconsejado á usted si hubiera sabido que en las leyes italianas se tropezaba con tantos obstáculos, le dijo.

Pero á Elvira no le satisfacía este consejo; no quería esperar; tenía miedo de las amenazas del marido y de que se resintiese la salud de su hija, y el barón veíase obligado á confesar que los disgustos habían agriado el carácter de aquella mujer, que no era ya el mismo de antes.

Laura estaba como atontada; haber llegado á la víspera de su casamiento y verlo desvanecerse como el humo, le parecía una cosa inverosímil; pero el dolor de su madre le hacía comprender que era sobrado cierta.

Alberto procuraba consolarla diciéndole:

– No te aflijas; esperaremos, y cuando llegues á la mayor edad serás dueña de tu albedrío y entonces nos casaremos.

Laura meneaba la cabeza y contestaba:

– ¡Cinco años son mucho tiempo! No viviré tanto después de este golpe.

Alberto le tapaba la boca, resistiéndose á oirla hablar de este modo; le decía que esperasen y que no por eso dejarían de ser felices; sentía que el tiempo no debilitaría su amor, y, si no contento, estaba por lo menos tranquilo.

Pero Laura, acostumbrada á no luchar nunca, á ver que su madre se lo allanaba todo, se había quedado terriblemente desconcertada, como árbol que no habiendo tenido nunca que resistir los embates del huracán se desgaja al primer soplo de un viento impetuoso.

Tener que pasar cinco años llena de incertidumbre, con la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza por el odio de su padre que en aquel espacio de tiempo podría arbitrar algún medio para hacer imposible su enlace, eran contrariedades sobrado fuertes para un alma no templada en la escuela del dolor; sentíase cansada de la vida y deseaba la muerte como el mejor alivio de sus sinsabores.

Si Laura se daba por vencida, abatida por aquel primer quebranto, también su madre se reconocía cansada de sufrir y de luchar; de suerte que madre é hija, en lugar de consolarse mutuamente, no hacían más que lamentarse de su suerte y dar nuevo pábulo á su dolor, en el cual hasta llegaban á encontrar cierto deleite.

Sofía se dedicaba á animar á aquellas desdichadas con toda la bondad de su alma, pero no conseguía disipar sus penas, y ni aun Alberto podía hacer que volviera á asomar la sonrisa á los labios de su prometida.

– El tiempo es el gran consolador, decía, y pronto pasarán estos cinco años.

Laura respondía con un suspiro.

A veces quería hacerla pasear por el lago en un bote como en los días venturosos, y ella se dejaba llevar como una niña, sin mostrar contento y sin hacer oposición alguna.

Alberto le dió un día la noticia de que su padre quería que pasara una temporada á su lado, pero que volvería pronto.

– Me lo figuraba, contestó Laura tranquilamente, sin mostrar ninguna emoción.

– Pero no dejaré de volver, y si me quieres debes procurar estar contenta.

– ¿Cuándo marcharás?

– Dentro de quince días, ó quizás un mes; mi padre no me ha fijado el día; día más, día menos, no importa; no me moveré de aquí hasta verte un poco tranquila. Bien sabes que permanecería á tu lado, pero ahora que es cuestión de esperar años enteros no puedo dejar tanto tiempo á mi anciano padre.

– Es muy justo, contestó Laura suspirando.

Y se quedó callada como acostumbraba ya á estarlo todo el día.

Había sobrevenido en ella una gran mudanza, y nadie la habría tenido por la jovencita alegre y locuaz de otro tiempo.

Ya no hacía caso de las cosas que antes la satisfacían; comía lo que le ponían delante, sin cuidarse de si los manjares eran buenos ó malos, y hasta en el vestir se mostraba indiferente; á veces pasaba todo el día con un sencillo traje de mañana.

– Ya es tiempo de ponerse ropa de más abrigo, le dijo un día su madre; hoy hace fresco.

– No lo siento, contestó Laura; precisamente hoy tenía deseos de dar un paseo en barca.

– Ponte al menos un abrigo.

– Bien, lo haré por complacerte.

Entró en un bote con Sofía y Alberto, una y otro muy contentos de que Laura manifestase deseos de algo, aunque el día no era muy á propósito para pasear por el lago.

Cuando se hubieron alejado de la orilla, una racha de viento estuvo á punto de volcar el bote.

– Amenaza temporal, dijo el barquero.

– Sería conveniente regresar, observó Alberto.

– ¡Qué lástima! ¡Se está aquí tan bien!, dijo Laura. Pero si tenéis miedo remaré yo también, y así volveremos más pronto.

Y así diciendo se puso á remar.

– ¡Qué hermoso fresco!, exclamó.

Sofía en cambio decía que tenía frío y se arrebujaba en su manto.

(Continuará)

Los viajeros la miraban creyéndola loca

SECCIÓN CIENTÍFICA

ESPEJOS USTORIOS Y VIDRIOS ARDIENTES

¿Es cierto que Arquímedes incendió con espejos ustorios la escuadra romana que al mando de Marcelo sitiaba á Siracusa? ¿Es cierto que Proclo hizo

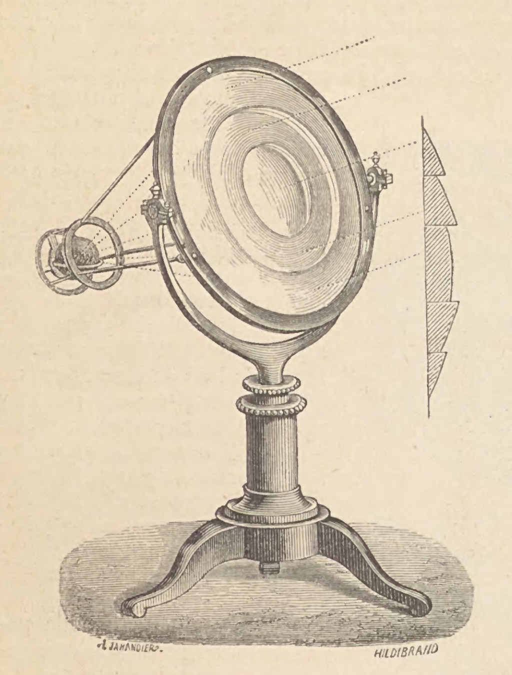


Fig. 1. Lente de escalones

otro tanto con la armada de Vitaliano durante el asedio de Bizancio?

Cuestión ha sido esta muy controvertida, negada por Descartes en su *Dióptrica* y resuelta por los eruditos en diferentes sentidos, pero que prueba cuando menos que los antiguos conocían la propiedad que tienen los espejos cóncavos de reflejar en su foco y de condensar en un espacio muy reducido los rayos emanados de un manantial de calor.

Asimismo conocían los efectos de la refracción al través de una masa de vidrio tallada en forma de bola ó de lenteja, según se desprende de un párrafo muy curioso de *Las Nubes,* de Aristófanes.

La discusión del punto histórico de que tratamos, interesante por cierto, ha tenido el mérito de suscitar experimentos que han patentizado la intensidad de los efectos caloríferos que se pueden producir en el foco de un espejo esférico ó parabólico, ó también en el de una ó muchas lentes. He aquí los principales resultados de algunos de ellos, tomados de la *Enciclopedia,* de d'Alembert y Diderot.

Los más célebres espejos ardientes modernos son los de Septala, de Villette y de Tschirnhausen. El espejo de Marcelo Septala, canónigo de Milán, era un espejo parabólico que, según Schot, prendía fuego á troncos de leña á 15 ó 16 pasos de distancia. El de Tschirnhausen iguala por lo menos al de Septala en cuanto á su tamaño y efecto. Véase lo que acerca de él se lee en las *Acta eruditorum,* de Leipzig:

«Este espejo enciende leña verde en un momento, y de tal modo que no se puede apagar el fuego soplando con fuerza. Hace hervir el agua, de suerte que se pueden cocer huevos en ella en un momento, y si se deja esta agua un rato en el foco, se evapora. Derrite en un instante una mezcla de estaño y plomo de tres pulgadas de espesor; estos metales empiezan á fundirse gota á gota, en seguida corren de un modo continuo, y en dos ó tres minutos la masa queda enteramente deshecha. También calienta muy pronto al rojo trozos de hierro ó acero, en los que la fuerza del fuego forma después agujeros. El cobre, la plata, se liquidan también cuando se los acerca al foco. Asimismo enrojece las materias que no se pueden fundir, como la piedra, el ladrillo, etc.»

El espejo de Tschirnhausen tenía tres anas de Leipzig de ancho ($1^{m},69$); su foco estaba á dos anas de distancia ($1^{m},13$); era de cobre y de escaso espesor.

Un obrero francés de Lyón llamado Villette construyó muchos espejos grandes, uno de los cuales lo adquirió la Academia de Ciencias. Era un segmento de esfera de 76 pulgadas ($2^{m},06$) de radio, y por consiguiente de 38 ($1^{m},03$) de foco; tenía $1^{m},27$ de abertura, y era de una aleación de estaño, cobre y azogue. Sus efectos caloríficos fueron por el estilo de los del espejo ustorio antes descrito.

También hizo Buffon en el siglo pasado curiosos experimentos, valiéndose para concentrar los rayos solares, no de un espejo cóncavo, sino de una serie de espejos planos colocados de modo que enviaban á un solo punto los rayos del sol.

«Ha formado un espejo grande compuesto de muchos espejos planos (eran ciento) de medio pie cuadrado poco más ó menos; cada uno de estos espejos tiene detrás tres tornillos por medio de los cuales es fácil colocarlos todos, en menos de un cuarto de hora, de modo que reflejen en un solo punto la imagen del sol. Con este espejo compuesto, M. de Buffon ha encendido fuego á 200 pies de distancia.» *(Enciclopedia.)*

En efecto, á esta distancia encendió leña; á 140 pies derritió plomo, y á 100 plata.

El ilustre naturalista y físico había querido realizar así la hipótesis del poeta griego Tzetzés, quien creía que por tal medio se habían incendiado las naves romanas en Siracusa. El hecho en sí venía á demostrar la posibilidad del invento de Arquímedes y de la acción patriótica atribuída al geómetra más grande de la antigüedad. Pero á Buffon se le había anticipado el Padre Kircher, sin que él lo supiera, y en época más remota, Antemio, arquitecto de Santa Sofía, á quien se debe considerar como el verdadero inventor de los espejos planos articulados.

Bernières mandó construir en 1757 un espejo cóncavo de vidrio azogado, de $1^{m},16$ de abertura, y en cuyo foco la plata y hasta el hierro se fundían en pocos segundos; los guijarros se reblandecían y corrían como vidrio líquido. (Daguin, *Tratado de Física.)*

Véanse ahora algunos detalles sobre los efectos caloríficos producidos por la refracción al través de una lente convergente, es decir, por lo que se ha llamado *vidrio ardiente.* Los mismos físicos que hicieron experimentos con espejos los efectuaron también con lentes de grandes dimensiones.

«El mayor vidrio de esta clase, dice d'Alembert en la *Enciclopedia,* era el de Tschirnhausen; la anchura de la lente era de 3 á 4 pies, la distancia focal de 12, y tenía pulgada y media de diámetro; además, para hacer el foco más vivo, recogía los rayos por segunda vez otra lente paralela á la primera, colocada en el punto en que el diámetro del cono de los rayos formados por ésta era igual á la anchura de aquélla, de suerte que esta última los recibía todos.»

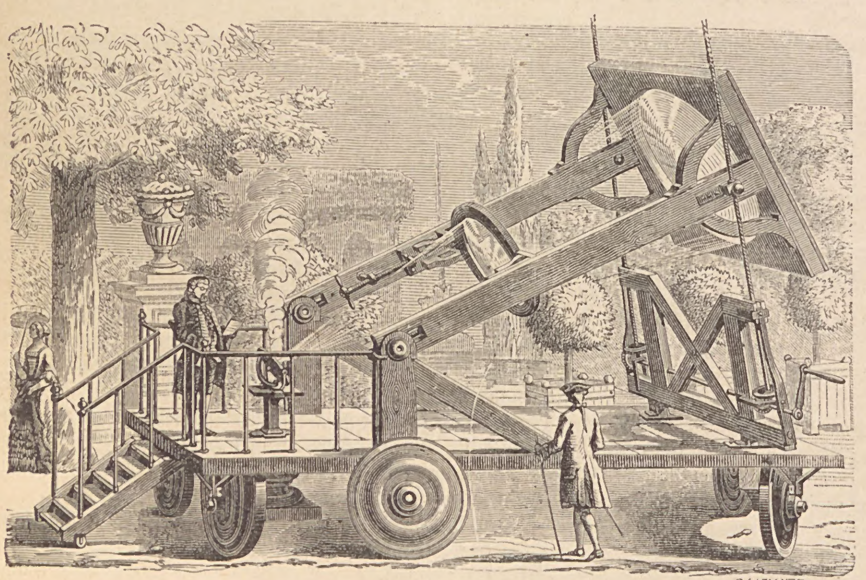


Fig. 2. Experimento del vidrio ardiente de Bernières

Los efectos fueron semejantes á los del espejo ardiente del primer experimentador.

Uno de los experimentos más curiosos de cuantos se han hecho sobre la refracción del calor es el de Mariotte, que hizo una una lente convexa con un pedazo de hielo formado por la congelación de agua bien pura y purgada de aire. Con este vidrio ardiente de nuevo género, Mariotte encendió pólvora fina.

Debemos hacer también mención del vidrio ardiente de Bernières, construído en 1774 á expensas de un individuo correspondiente de la Academia de Ciencias llamado Trudaine, y basado en el mismo principio que el de Tschirnhausen (fig. 2). El andamiaje que se ve representado en el grabado tenía por objeto el que una sola persona pudiera manejar el conjunto de las dos lentes, de modo que los rayos solares convergiesen siempre en el mismo punto.

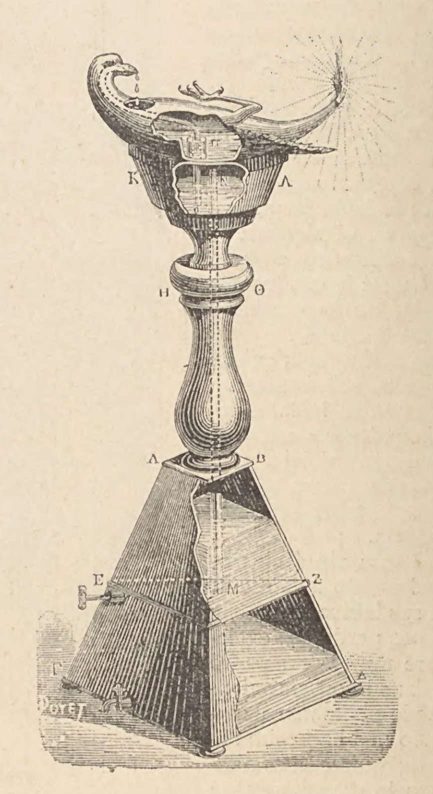
Los vidrios ardientes tenían un inconveniente que los hacía inferiores á los espejos: el de que los rayos caloríficos, al atravesar lentes de cierto espesor, quedaban en parte absorbidos en ellas. Buffon trató de obviar este inconveniente discurriendo las lentes de escalones, que consisten en una reunión de coronas, cada una de las cuales forma parte de una lente de distancia focal constante, pero de menor espesor en las partes centrales (fig. 1).

Los vidrios y espejos ardientes se han aplicado á una cuestión interesante de astronomía física; la de averiguar si los rayos solares llegados hasta nosotros después de reflejarse en la superficie de la luna, conservan aún calor apreciable. Si muchos observadores, desde Lahire y Tschirnhausen hasta Forbes y Tyndall no han podido comprobar nada, en cambio Melloni en 1846, y luego Piazzi Smith, lord Rosse y Marié-Davy han observado cierto efecto calorífico.

***

LÁMPARA DENOMINADA «FUENTE DE HERÓN»

Entre los distintos procedimientos de que se sirvieron los sabios de antiguas edades para fabricar lámparas portátiles en las que el aceite sube automáti-



Lámpara denominada *Fuente de Herón*

camente hasta el receptáculo en donde se encuentra la mecha, el más ingenioso es indudablemente el que aún hoy día se conoce con el nombre de *Fuente de Herón,* que el ilustre sabio alejandrino describe en los siguientes términos:

Construcción de un candelabro de tal naturaleza que, colocando encima de él una lámpara, el aceite se renueve en ésta sin necesidad de que llegue hasta la misma desde un depósito situado á más alto nivel.

Constrúyase un candelabro hueco con una base en forma de pirámide ΑΒΓΔ (véase el grabado) y en ella un tabique ó diafragma ΕΖ: sea ΗΘ el fuste del candelabro, que también ha de ser hueco, y encima de él póngase un vaso ΚΛ que pueda contener una gran cantidad de aceite. Del diafragma ΕΖ arranca el tubo ΜΝ que lo atraviesa y que llega casi hasta la tapadera del vaso ΚΛ sobre el cual está colocada la lámpara, de modo que sólo deje paso al aire. Otro tubo ΞΟ pasa al través de la tapadera ΚΛ y desciende por un lado hasta al fondo del vaso, aunque de modo que permita á un líquido manar, y de otra forma un ligero reborde sobre la tapadera: á este reborde se ajusta otro tubo Π tapado en su parte superior que atravesando el fondo de la lámpara forma cuerpo con ella y se encuentra completamente encerrado en el interior de la misma. Al tubo Π va soldado otro muy fino en comunicación con el que llega hasta el extremo del asa de la lámpara y termina en aquélla de manera que por él pueda caer el aceite al interior de ésta, que al efecto tiene un orificio de re-

gular tamaño. Debajo del diafragma EZ se suelda una espita que comunica con el compartimiento ΓΔEZ, de modo que cuando está abierta penetra en éste el agua del compartimiento ABEZ, en cuya cara superior AB se practica un pequeño agujero por el cual este segundo compartimiento puede llenarse de agua, escapándose el aire interior por el orificio. Quitemos ahora la lámpara y llenemos de aceite el vaso por medio del tubo ΞO: el aire se escapará por el tubo MN y luego por una cajita colocada cerca del fondo ΓΔ cuando se habrá vaciado el agua del compartimiento ΓΔEZ. Montemos la lámpara ajustándola con el tubo Π: cuando habrá necesidad de echar aceite en ella, abriremos la espita que hay cerca del diafragma EZ, el agua del compartimiento ABEZ descenderá al compartimiento ΓΔEZ y el aire de éste subiendo por el tubo MN hasta el vaso hará subir el aceite, que pasará á la lámpara por el tubo ΞO y el soldado á éste. Cuando se quiere que cese la introducción del aceite se cierra la espita y el agua del compartimiento superior no cae en el inferior.

Otras lámparas no menos ingeniosas inventó el ilustre matemático de Alejandría, cuya descripción se encuentra en sus *Pneumáticas* y entre las cuales merecen especial mención una lámpara que ardía automáticamente de modo que á medida que se consumía el aceite la mecha era empujada por un mecanismo especial, y otra en la cual, una vez llena de aceite, cuando la combustión ha consumido una parte de éste se eleva el nivel del mismo por medio del agua. Este último aparato es el origen de las lámparas hidrostáticas, en las que el aceite está equilibrado por una columna de líquido de gran densidad. – X.



UNA HUELGA DE OBREROS EN VIZCAYA, cuadro de D. Vicente Cutanda (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)

Imp. de Montaner y Simón